

Brigitte

EN ACCION

Lou Carrigan

# La pirámide de Oguzeh

Por ser una de las personas más representativas de la élite munidial, Brigitte es invitada a la inauguración de la Pirámide de Oguzeh. ¡Una pirámide en Arizona! Parece una broma, pero no lo es, y en efecto a la inauguración también han sido invitadas personalidades del más alto rango mundial, como reyes, presidentes, militares, y artistas del más alto nivel en diferentes especialidades. Pero claro: el «faraón» Oguzeh ignora que la señorita Brigitte Montfort es una invitada muy, muy, muy especial.



Lou Carrigan

# La Pirámide de Oguzeh

## Brigitte en acción - 454

**ePub r1.1**
**Titivillus** 17.12.2017

Lou Carrigan, 1989
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



# Brigitte
## EN ACCION



# Preludio: Otro muerto en la cuenta

Se llamaba Weston Simms, era agente de la CIA, y en aquel momento habría dado cualquier cosa por tener alas.

Pero no tenía alas. Lo que tenía era un balazo en la pierna derecha y otro en un lado de la cara, que le había abierto una brecha horrenda de aspecto siniestro, por la que caía la sangre cono en una diminuta catarata de reflejos achocolatados.

Por detrás de él, los tres hombres habían dejado de dispararle con sus pistolas provistas de silenciador; seguramente porque sabían que le habían alcanzado con sus anteriores disparos, y que sus posibilidades de fuga definitivamente eran prácticamente inexistentes. Es decir, que ahora que sabían que no iba a poder escapar habían dejado de disparar para cazarlo con vida.

Y si lo cazaban con vida lo iban a interrogar. Y si lo interrogaban podían sacarle mucha, muchísima información antes de matarlo. Así que no tenía difícil la elección: o escapaba, o se pegaba un tiro.

La noche era fría, y pese a la iluminación de la gran ciudad podía verse el cielo estrellado cano una mancha lívida y gris. Por las azoteas discurría un vientecillo que ponía escalofríos en las doloridas carnes de Weston Simms.

Sí.

Seguro que antes de dejarse capturar con vida se pegaría un tiro. A fin de cuentas era lo más sensato. En primer lugar porque si aquellos sujetos lo atrapaban él estaba condenado a muerte de todos modos, y, además, antes de morir iba a sufrir mucho. Luego, podía decir demasiadas cosas. Nada demasiado importante respecto a la CIA en sí, pero por ejemplo, él conocía la identidad de la agente «Baby». ¿Y si en su sufrimiento atroz bajo las torturas, o quizá drogado, decía que la tan temida agente Baby de la CIA era la señorita Brigitte Montfort, la bellísima periodista directora de la

Sección Internacional de Morning News, el diario neoyorquino?

Con seguridad que a los hombres que lo perseguían no les interesaba en absoluto quién era Baby, en aquellos momentos. Simplemente, querían atraparlo a él. Querían matarlo a él. Y, lo que son las cosas, cuando él estaba a punto de morir se preocupaba por lo que pudiera ocurrirle a la señorita Montfort, que sin duda en aquellos momentos estaba tan ricamente instalada en su apartamento de la Quinta Avenida de Nueva York.

En la penumbra de las azoteas apareció de pronto ante los pies de Weston Simms la sima que separaban dos edificios. Había llegado al final de la manzana, ya no tenía más muros que saltar, ya no tenía más camino por recorrer. A menos que tuviera alas, pensó de nuevo. Pero así como antes las había deseado para alzar el vuelo y tener más posibilidades de escapar, ahora eran absolutamente vitales. O volaba o moría.

Oyó tras él, no demasiado lejos, el jadeo de uno de los hombres, el comentario contenido de otro.

Se volvió, y divisó las tres sombras que se acercaban. En alguna parte destelló el acero de un arma. Weston Simms se sentía dolorido y sangrante. Pese al fresco aire nocturno el sudor se deslizaba copioso por su rostro y pecho. Por un instante, pasó por su mente el pensamiento irritante de la inutilidad de su esfuerzo, de la pérdida de tiempo: tenía el portafolios en la mano izquierda, era cierto, y sabía que su contenido era muy importante, tanto que causaría el pasmo a cualquiera. Era algo tan increíble que seguramente si alguien recibía aquella información la rechazaría…

—¡Quédese ahí! —Le llegó la orden emitida con voz sorda y tensa.

Los tres hombres que le habían herido y perseguido se habían detenido, y le apuntaban con sus armas. Uno de ellos sujetaba el revólver con las dos manos, bien extendidos los brazos. Desde abajo, por detrás de Simms, llegaba el rumor de la calle, alejada del centro de la ciudad, donde había una intensa luminaria colorida…

—Venga para aquí —ordenó otro—… Con las manos en alto y sujetando sólo el portafolios.

Weston Simms tenía treinta y siete años. Llevaba casi nueve trabajando para la CIA, y era uno de los pocos agentes de este organismo que había tenido la fortuna de trabajar nada menos que

en dos ocasiones con la agente Baby, distinción que indicaba sin lugar a dudas que era un buen elemento.

La sola idea de saltar hacía atrás y caer desde cinco o seis pisos provocó escalofríos en su sudada espalda. Se sentía como agarrotado. La pierna comenzaba a fallarle, y, de repente, se dio cuenta de que la herida en la cara le dolía horriblemente. Además, estaba perdiendo visión en el ojo de aquel lado. Era una situación dolorosa y peligrosa, que sólo podía empeorar si aquellos tres hombres que se le iban acercando lentamente lo capturaban vivo. De nuevo pensó que esto significaba sufrimientos y muerte al final. Podrían disponer de su cuerpo y de su mente, con torturas y drogas. Había mil métodos.

—Mierda —dijo.

Y decidió que iba a ser él quien dispondría de su cuerpo, de su mente, de su vida y de su muerte. E incluso decidió que antes de morir iba a darles una buena lección a aquellos tipos.

Lo primero que hizo fue balancear el portafolios, como si se dispusiera a lanzarlo hacia ellos, justo a los pies del que estaba en el centro. Esta actitud, que desconcertó un instante a los tres hombres, modificó la suya: se detuvieron, parecieron dispuestos a disparar, y posiblemente lo habrían hecho si Simms no hubiera jadeado:

—Ahí va su maldito portafolios…

Los tres hombres comprendieron que Simms se lo iba a arrojar, y su tensión disminuyó notablemente.

Entonces, Weston Simms arrojó el portafolios.

Pero no hacia delante, hacia los tres hombres, sino hacia atrás, de modo que desapareció en la sima hacia la calle. Se produjo un instante de pasmo absoluto en los tres hombres, que Simms esperaba, y que aprovechó para comenzar a llevar la mano derecha hacia la axila izquierda, donde llevaba su pistola…

—¡La madre que te…! —aulló uno de los sujetos.

En ese mismo instante Weston Simms disparaba. La bala acertó al otro en el centro de la frente, provocando un tremendo cráter en el otro lado de la cabeza al salir salpicando sangre y masa encefálica, mientras el hombre desaparecía hacia atrás en grotesco salto.

En menos de medio segundo Simms recibió el balazo en el hombro izquierdo, y todavía pudo disparar otra vez, pero ahora

hacia el cielo…, mientras, girando violentamente sobre sí mismo se volvía de cara al abismo, lo veía un instante, pavoroso, y se precipitaba hacia él.

Weston Simms cerró los ojos.

El impacto de su cuerpo contra el suelo jamás sería olvidado por las pocas personas que en aquel momento pasaban por aquella acera lo suficientemente cerca para oírlo. Fue algo blando y duro a la vez, una masa que crujió por dentro, la rotura de mil cosas, un suspiro que fue un viento de muerte.

—Santo Dios —gimió una mujer.

El hombre que la acompañaba hizo de tripas corazón, y se acercó al cuerpo caído en el suelo en trágica postura, de costado, casi de espaldas. El hombre vio los ojos relucientes fijos en él, y oyó la voz agónica que jamás olvidaría, y que brotó un instante antes que el chorro de sangre por la desencajada boca:

—Díganle a Baby… díganle que no… que no acepte… ir a la tumba…

# Capítulo primero

—Desde luego ese tipo tiene que estar chiflado —aseguró Minello.

—¿Por qué te lo parece? —se interesó Brigitte.

—¡Zambomba, vaya una pregunta! A mí me parece que eso de construir una pirámide en medio del desierto es de chiflado.

—Bueno, Frankie, no querrás que la construya dentro de la ciudad. Entre otras cosas porque el terreno urbanizable le costaría carísimo.

Peggy, que estaba con Brigitte y Frank Minello en el salón, sirviéndoles champán, emitió una de sus risitas de gozo, que le valió una enfurruñada mirada por parte de Minello.

—¿Y tú de que te ríes? —masculló.

—De nada —aseguró Peggy.

—Pues entonces eres tonta, ¿sabes?, porque sólo los tontos se rían de nada. Es como comer pan con pan, o contarse chistes uno mismo, ¿comprendes?

—Claro que comprendo.

—¿Sí? No estoy muy seguro. Pero en cualquier caso como vuelvas a reírte de mí te voy a arrancar las pecas de la cara una a una.

Quien rió ahora fue Brigitte, al oír la absurda amenaza. Ciertamente el musculoso Frankie podía hacerle muchísimas cosas a la timorata Peggy, pero nunca quitarle de su rostro las abundantes pecas. Pecas que ya habían dejado de sorprender a Brigitte. Las pelirrojas si suelen tener muchas pecas, pero Peggy era rubia, de modo que sorprendía que su cutis fuese de pelirroja. ¡Y es que la vida tiene tantas sorpresas y desconciertos…! Como fuese, Peggy llevaba muchos años al servicio de Brigitte, como ama de llaves, y las dos se conocían muy bien. Con y sin pecas.

—¿Y tú de qué te ríes? —Se encaró ahora con Brigitte el irritado Minello.

—De nada —replicó Brigitte.

Y ella y Peggy se echaron a reír a la vez. La colérica mirada que les dirigió Minello todavía las hizo reír más. Peggy terminó de servir el champán, y tendió la bandeja hacia Brigitte, que tomó una copa. Cuando colocó la bandeja ante Minello, éste aulló:

—¡No quiero champán!

—Pues no bebas —dijo Brigitte—, pero no grites, Frankie, por favor.

—¡Sois un par de tontas!

—Vamos, no seas tan quisquilloso. Pero vamos a ver, ¿qué ha pasado aquí? Somos unos buenos amigos que estamos conversando, y si he dicho alguna cosa que le haya hecho gracia a Peggy no me parece que sea precisamente una tragedia. Reír es agradable. ¿Y acaso los amigos no tenemos la obligación de hacernos la vida agradable unos a otros?

—¡Encima querrás convencerme de que os dé un beso a cada una y en paz!

—Alto ahí, nada de eso. Hablas de besamos como si se tratase de un perdón, lo cual significaría que antes nos habíamos merecido un castigo, y que tú, siempre magnánimo, nos lo perdonabas.

—Eso es exactamente lo que ha ocurrido.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? —Se pasmó Peggy, que cuando Brigitte y Frankie conversaban de aquel modo perdía la onda enseguida.

—Que os habéis merecido un castigo, pero que os voy a perdonar con un beso —dijo Minello.

—¿Qué es lo que nos has de perdonar?

—El castigo.

—Pero… ¿de qué castigo hablas?

—Del que te has merecido.

—¡Yo no me he merecido ningún castigo!

—Ya lo creo que sí —guiñó Minello un ojo a la divina espía—. ¿Verdad que sí, Brigitte?

—¡Huy! —Agitó una mano ella—. ¡Un castigo tremendo!

—¡Pero si yo no he hecho nada! —rechazó Peggy.

—Ésa es la cuestión —la amenazó Minello con un dedote—: que no has hecho nada.

Peggy miraba tan desconcertada de uno a otra que finalmente

Brigitte y Frankie se echaron a reír.

—¿Lo ves? —dijo Brigitte, dirigiéndose a Minello—. ¿Ves como ahora le toca el turno a Peggy de mosquearse porque nos reímos de ella?

—¡Pues que se mosquee!

—Yo no estoy mosqueada —aseguró Peggy.

—¡Pues tendrías que estarlo! —bramó Minello—. ¿Es que no sabes seguir una broma?

—Desde luego que sé seguir una broma.

—¡Pues si sabes seguir una broma tendrías que estar mosqueada!

—Vamos a ver, Peggy —deslizó Brigitte—: ¿qué te cuesta estar mosqueada?

—Si la señorita así lo quiere, pues bueno, estoy mosqueada —aceptó el ama de llaves.

—¡No se trata de que la señorita quiera o no quiera! —estalló de nuevo Minello—. ¡Simplemente, has de estar mosqueada!

—De acuerdo, Frankie: estoy mosqueada. ¿Estás contento?

—¡No!

—Pues no te entiendo.

—Será mejor que vuelvas a la cocina —dijo Brigitte entre risas que no podía contener.

—Sí, señorita. Pero no quisiera marcharme dejando a Frankie enfadado conmigo.

—Frankie no está enfadado contigo. ¿Verdad que no, Frankie?

—¡Sí, lo estoy! —tronó Minello.

—¿Lo ves? —Brigitte no podía ya ni hablar, de tanto reír—. Acaba de decir que no está enfadado.

—Es verdad —sonrió Peggy, que decidió de pronto seguir la corriente—. Gracias por tu comprensión, Frankie.

—¡Te digo que estoy enfadado!

—No sabes cuánto te lo agradezco —sonrió Peggy—. Si necesitas algo de mí me encontrarás en la zona de servicio.

Peggy abandonó el salón. Brigitte bebió un sorbito de champán, y volvió a reír. Minello la miró, bebió champán, volvió a mirarla, y de repente gritó:

—¡Está bien, pero no me negarás que ese tipo está chiflado!

—¿Qué tipo?

—¡Ese que te ha enviado una invitación para que asistas a la

inauguración de una pirámide! Zambomba, Brigitte, sé sincera conmigo: ¿no te parece que ha de estar chiflado un tipo que en estos tiempos se pone a construir una pirámide en pleno desierto de Arizona?

—Depende —murmuró Brigitte.

—Depende… ¿de qué?

—De para qué quiera la pirámide.

Frank Minello, el más querido amigo de la agente Baby y jefe de la Sección Deportiva del Morning News, quedó atónito.

—¿Para qué se puede querer una pirámide? —exclamó—. ¡Para nada!

Brigitte tomó de encima de la mesita de centro la tarjeta de gran tamaño que le había llegado aquella mañana en un sobre color arena. La tarjeta tenía un fondo azul-negro que sugería, de forma muy bien lograda, una noche estrellada. En esa noche destacaban las estrellas, y a su luz, la pirámide. Para un observador distraído la pirámide en cuestión era una imagen ya familiar, pues no parecía diferir gran cosa de la de Keops, en Egipto. Para un observador atento había numerosos detalles que revelaban que aquella pirámide no era la pirámide de Keops, sino otra; una pirámide que no aparecía en ningún libro de Historia, o de Arqueología, o de Exploraciones o de Enigmas de Civilizaciones ni nada parecido. Una pirámide en la línea de las de Egipto, pero no una de las que había allí hacía miles de años.

Además, en la tarjeta lo ponía bien claramente, con letras que parecían oro y como escritas a mano en un pergamino o papiro:

*Por ser una de las personas más representativas de la élite mundial, Miss Montfort está invitada el próximo día 15 de marzo a la inauguración de la Pirámide de Oguzeh.*

*Arizona, Marzo 1986*

—¿Me vas a contestar o no?

Brigitte apartó la mirada de la tarjeta, parpadeó, y dijo:

—¿Qué, Frankie?

—¡Que si me vas a contestar o no! ¡Acabo de preguntarte que para qué se puede querer una pirámide!

—Bueno —alzó las cejas Brigitte—, al parecer, y hasta donde yo sé, las pirámides se construían hace miles de años para que sirviesen de… tumba o mausoleo a los… parientes de los dioses, por decirlo de alguna manera. O sea, vamos, a emperadores, reyes, faraones y gente así.

—O sea, que querían las pirámides para ser enterrados en ellas.

—Eso parece —murmuró Brigitte.

—De acuerdo. Vamos a aceptar eso. Pero… ¿te imaginas en nuestros días hacerse construir una pirámide para utilizarla como mausoleo? ¡Hoy no hay esclavos que trabajen día y noche a golpe de látigo hasta el desfallecimiento! Hoy la mano de obra es carísima, los materiales son carísimos, el terreno es carísimo, y son carísimos los permisos, los arquitectos… ¡Todo cuesta muchísimo dinero!

—Pese a lo cual, no hace mucho estuve en un estadio particular, si no lo has olvidado. Y un estadio tampoco está mal, Frankie.

—¡Pero un estadio es utilísimo!

—Sí —reflexionó Brigitte—, realmente un estadio es útil para que las personas desarrollen sus facultades físicas e incluso mentales, para construir una humanidad cada vez más sólida y perfecta. O al menos, así debería ser. Y una tumba… Realmente para yacer muerto no hace falta tanto teatro ni espacio. Es más, y ya que hablamos de eso, no sé si alguna vez he comentado contigo mis gustos respecto al destino de mi persona.

—¿De qué estás hablando ahora?

—Cuando muera, y suponiendo que podáis hallar mi cadáver, quiero que sea aprovechado al máximo por la ciencia o la medicina, y el resto incinerado. Ya sabes lo que quiero decir: que aprovechen mis ojos, mis riñones, mi corazón…, ¡lo que sea que se pueda aprovechar! Y el resto al fuego.

—¿Por qué tienes que hablar de eso? —gritó Minello, pálido.

—Por una razón muy sencilla —sonrió Brigitte—: todos hemos de morir…, incluso yo. Y como ni cuerpo es mío quiero que se haga con él lo que yo quiero. Ah, y quiero que mis cenizas sean arrojadas al mar.

—¡Haz el favor de cambiar de tema!

—De acuerdo —aceptó Brigitte, seria—, pero ya me has oído, Frankie.

—¡No he oído nada!

—En cuanto a la pirámide de Oguzeh, en efecto, debe de haber costado mucho tiempo de trabajo, y por supuesto millones de dólares, así que me permito suponer que su construcción sólo puede deberse a dos hipótesis:

a), que exista alguien tan… extravagante y egocéntrico que haya decidido construirse como mausoleo nada menos que una pirámide; y b), que no se trate de nada de eso, sino de un negocio.

—¿Un negocio en una tumba?

—Bueno, hay gente muy caprichosa, Frankie —rió Brigitte—… ¿Por qué no construir un restaurante en forma de pirámide? O un club de música, o de gimnasia, o de lectura, o de chicas… Hoy día la gente está empeñada en una carrera de originalidad, de ser diferentes unos de otros. Y no se dan cuenta de que son exactamente iguales precisamente en sus desaforados deseos de ser diferentes…

—A ver, a ver, dime eso más despacio —gruñó Minello.

—Pues que los jóvenes de hoy, en efecto, son diferentes aparentemente de los jóvenes de ayer, pero exactamente iguales unos a otros. Ayer, los jóvenes llevaban fijapelo. Hoy, todos llevan el cabello largo, o pintado de colores. Son diferentes a los jóvenes de los años cincuenta, pero todos iguales unos a otros a los de los años ochenta. ¿Comprendes?

—O sea, que hagan lo que hagan siguen siendo una masa sin ideas personales, realmente personales, sino que siguen modas en grupo.

Brigitte volvió a sonreír.

—En cuanto a la pirámide…, tal vez vaya. Hace tiempo que todos sabemos que estaba en construcción, naturalmente, pero la verdad es que nunca le hice demasiado caso, por considerarla un capricho extravagante de algún supermillonario que sin duda debe de tener algunas ideas comerciales al respecto. Y posiblemente jamás me habría ocupado en lo más mínimo de esa pirámide, a no ser como… curiosidad turística, si no hubiera sido por la invitación.

Frank Minello había comprendido ya muy bien que el tema elegido por Brigitte para conversar no era en modo alguno casual. Nada era casual en Brigitte Montfort, con ella siempre se llegaba a alguna parte o a alguna conclusión. De eso estaba ya

superconvencido Minello hacía muchos años.

—¿Qué estás tratando de decirme? —susurró.

—Como sin duda sabes, la Pirámide de Oguzeh se halla enclavada en cierto lugar del desierto de Arizona, muy cerca de Gila Bend, al pie de las montañas de este mismo nombre, digamos a unas… cincuenta millas en línea recta al oeste de Phoenix, la capital del estado.

—Sí, sí, he visto fotografías en revistas, y ha aparecido muchas veces en noticieros y curiosidades por televisión. Sigue.

—El hecho es que, a primeros de febrero, es decir, hace poco más de un mes, un agente de la CIA llamado Weston Simms fue hallado muerto en una calle del extrarradio de Phoenix. Tenía tres balazos en el cuerpo: cara, pierna y hombro; además, había caído desde una azotea situada a seis pisos en total sobre la calle. Estuvo clarísimo que Weston Simms huía por los tejados de las casas de aquella manzana, hasta que llegó el momento en que… se le terminó el terreno, y entonces cayó a la calle. Naturalmente, fui informada de que uno de mis Simones había sido muerto a balazos, y su caída a la calle. Fui a Phoenix, dirigí una investigación en torno a las actividades de Weston Simms en aquella ciudad en la que no le correspondía estar, y tres días después no tuve más remedio que abandonarla, si bien dejé un grupo de Simones intentando encontrar alguna pista. Hasta ahora no han conseguido nada.

—¿Pero tú sí has conseguido algo… de alguna manera extraña?

—Me conoces muy bien, ¿no es cierto? —sonrió Brigitte.

—¡Huy! ¡Huy, si te conozco, amor de mi vida!

—Sí… Nos conocemos ambos muy bien hace mucho tiempo. Por eso sé que tú no te reirás de mi corazonada.

—¡Al contrario! ¡Casi siempre son certeras! ¿Qué corazonada has tenido esta vez?

—Te voy a informar de las últimas palabras que, según un testigo presencial, pronunció Weston Simms antes de morir. Un instante antes de morir. Dijo: díganle a Baby que no acepte ir a la tumba. Naturalmente, nunca conseguí entender qué quiso decir Simón con esa frase, y llegamos a pensar que, simplemente, la persona que la oyó no la entendió bien.

—¿Y ahora crees que sí la entendió bien? ¿Y crees que Weston

Simms se refería a la pirámide de Oguzeh al hablar de la tumba?

—Weston Simms había trabajado conmigo en dos ocasiones, Frankie. Era un agente ya muy hecho, curtido. Estaba en Phoenix, donde no tenía que estar, y eso para mí significa que si estaba allí era por algo… que no tuvo tiempo de comunicarnos. Él habló de que no fuese a la tumba, estaba cerca de donde está la pirámide de Oguzeh, y ahora yo he recibido una invitación para asistir a la inauguración de una pirámide, es decir, en definitiva, una tumba. ¿A ti qué te parece esto?

—De una lógica aplastante.

—Sin bromas, por favor.

—No estoy bromeando. Quiero decir que si esto me lo dijera cualquier otra persona, diría que estaba majareta. Pero diciéndolo tú no me extrañaría que el tipo ese de la pirámide hubiera tenido algo que ver con la muerte de tu Simón. ¡Y no sólo eso, sino que seguramente esa pirámide es un nido de espías! O un laboratorio secreto de virus, o un campo de entrenamiento para asesinos… ¡Cualquier cosa así!

—¿Seguro que no estás bromeando, Frankie?

—¡Segurísimo! Pero aunque yo estuviese bromeando a ti te importaría un pimiento, y seguirías adelante. Quiero decir que sin duda has decidido investigar en este asunto, y saber quién es exactamente y a qué se dedica ese Oguzeh. Por cierto, ¿qué clase de nombre es Oguzeh? ¿Un nombre egipcio?

—Cuando menos, pretendidamente egipcio —rió Brigitte—. A mí, la palabra Oguzeh me recuerda la palabra Gizeh, que es el nombre de la ciudad egipcia, próxima a El Cairo, cerca de la cual están las pirámides más famosas del mundo, es decir, las de Keops, Kefren y Mizerino. O sea, que el promotor de esta extravagante idea seguramente se inspiró en la palabra Gizeh para darle un nombre a su pirámide: Oguzeh.

—¡Cuánto sabes! —Se le caía la baba a Minello.

—Deja de hacer el tonto.

—De acuerdo. ¿Quién es el tipo ese, el que ha hecho construir la pirámide? ¿Cómo se llama, a qué se dedica…?

—¿Querrás creer que hasta ahora no me había ocupado de ello? A decir verdad el hecho de que alguien construyera una pirámide cano las de Egipto en los Estados Unidos no me pareció del todo

mal. Una extravagancia, insisto, pero no tiene nada de malo. ¿Por qué en Estados Unidos, que tenemos de todo, no hemos de tener también una pirámide, vamos a ver? Y lo incuestionable es que la construcción de ese sepulcro gigantesco ha movido dinero y ha generado trabajo, servicios, y posiblemente nuevas ideas y oportunidades para algunas personas. De modo que no me molesta la pirámide, en sí misma.

—Pero tal vez no te guste el tipo que la ha hecho construir. ¿Quién es y a qué se dedica, insisto?

—No lo sé…, pero lo sabremos muy pronto.

—¿Sí? ¿Cuándo?

En aquel momento ambos oyeron en la lejanía del pasillo el sonido del carrillón que cumplía servicios de timbre en la puerta del apartamento de Brigitte, la cual dijo:

—Ahora.

Minello pareció a punto de seguir conversando, pero decidió permanecer callado. A los pocos segundos apareció Peggy, precediendo a Charles Alan Pitzer, que torció el gesto al ver a Minello, el cual exclamó:

—¡Oh, no! ¡El buitre comedor de carroña!

Pitzer se acercó a Brigitte, que a su vez acudía a su encuentro para besarle en ambas mejillas. Cumplido este trámite cariñoso, Pitzer dejó el portafolios en un sillón, de un bolsillo interior sacó una diminuta botella, y la mostró a Frankie.

—¿Ve esto, Minello?

—No soy tan cegato cano usted. ¡Claro que lo veo!

—¿Sabe qué es?

—Un elefante cargando a cuestas un piano.

—¡Es una botella llena de nitroglicerina! —gritó Pitzer, mientras Brigitte se echaba a reír—. Y le diré por qué la he traído. La he traído porque ya me temía que lo encontraría a usted aquí, y como estoy harto de que me tome el pelo y me interrumpa he tomado una decisión: o se calla usted mientras yo converso con Brigitte, o le meto en la boca, estaba botellita de nitroglicerina y lo tiro a la Quinta Avenida desde la terraza.

—¡Zambomba! —saltó Minello en su asiento—. ¡Qué bestia!

—Espero que me haya entendido.

—Vamos, vamos, déjense ya de tonterías —seguía riendo

Brigitte, que lo pasaba de lo lindo cuando Frankie y tío Charlie se peleaban—. Y dígame qué ha sabido usted del propietario de esa pirámide.

—Lo he sabido todo —dijo Pitzer.

—¡Ajajá! —exclamó Minello—. ¡De modo que ya tenías encargado a tus muchachotes de la CIA que investigaran a ese chiflado! Estupendo. ¿Y bien? ¿Quién es, cómo se llama, cuántas orejas tiene, de qué pie cojea…?

—¡Cállese! —aulló Pitzer, el jefe del Sector New York de la CIA.

—Sí señor. A la orden, señor. Sí, *bwana*. Lo que usted mande, jefe.

—¡Que se calle!

—Pero bueno… ¿no le digo que sí me estoy callando?

—¡Cállese, maldita sea su estampa!

Minello parecía entre triste, ofendido y desconcertado. Miró a Brigitte como poniéndola por testigo de una injusticia que se cometía con él, y acto seguido se cerró la boca simulando utilizar una imaginaria cremallera que sujetaba sus labios. Pitzer suspiró, y dijo:

—El sujeto que ha hecho construir la pirámide se llama Raymond Dwight Chalmerton, es propietario de varias industrias de toda clase que lo han convertido en supermultimillonario, le encantan las mujeres y los deportes, no tiene antecedentes de ninguna clase, y, a sus cincuenta años, soltero y con más dinero que la Casa de la Moneda, se dedica, simplemente, a vivir como si fuese más que un dios. Tiene casas en todo el mundo…

—¿Incluida Phoenix? —interrumpió suavemente Brigitte.

—Por supuesto. Y una especie de… palacio-quinta en Gila Bend, ya en el desierto, no demasiado lejos de la pirámide. Aunque al respecto hay que aclarar que primero inició la construcción de la pirámide, y luego compró casa en Phoenix y en Gila Bend.

—Es lógico. ¿Sabe lo que se me está ocurriendo, tío Charlie?: que ese sujeto, el tal Raymond Dwight Chalmerton, está preparando su traslado definitivo a la pirámide, en la que piensa establecer su residencia oficial para siempre.

—No me sorprendería demasiado: ha invitado a grandes personalidades de todo el mundo a la inauguración de la pirámide.

—¿Personalidades? ¿Qué clase de personalidades?

—La reina de Inglaterra, el presidente de los Estados Unidos, el rey de España, el canciller de Alemania Federal, el emperador del Japón, Primeros Ministros de todo el mundo, presidentes suramericanos, Premios Nobel, actores y actrices de primerísima fila… Bueno, digamos que la elite mundial.

—Entre la cual me ha incluido —susurró Brigitte.

—Es lógico. Vamos, Brigitte, usted, aparte de ser Premio Pulitzer de Periodismo, y de haber sido Reina de Atlantic Kingdom, estuvo nominada para la presidencia de los Estados Unidos, y es la periodista más famosa del mundo. Con seguridad que en esa inauguración habrá gente mucho menos importante e interesante que usted en muchísimos aspectos.

—¡Eso desde luego! —exclamo Minello.

—¿Puedo ver alguna fotografía del señor Chalmerton? —pidió Brigitte.

Pitzer sacó un *dossier* del portafolios, del cual extrajo varias fotografías que tendió a Brigitte mientras decía:

—Aquí tiene todo lo que hemos conseguido saber sobre Chalmerton, aunque el resumen que le he hecho yo es más que suficiente. Es una personalidad diáfana, sin nada que ocultar en ningún sentido. De todos modos, claro está, puede quedarse este expediente para estudiarlo a fondo, si lo desea.

Brigitte no contestó.

Estaba examinando las fotografías de Raymond D. Chalmerton, el hombre que había construido una pirámide en el desierto de Arizona. Sí, debía de tener cincuenta años, pero aparentaba algunos menos, debido a su excelente estado físico, y a que, no cabía dudarlo, se cuidaba estupendamente. No era atlético, pero tampoco estaba gordo; tenía un tipo conservado a base de comidas adecuadas y de ejercicios físicos y deportes igualmente adecuados a su edad, sin excesos.

Por supuesto, la espía internacional concentró especialmente su atención en el rostro del señor Chalmerton. Un rostro muy agradable, de facciones regulares, muy bien afeitadas. Ojos claros, frente despejada, peinado muy personal, con una sorprendente melenita, que, cosa extraña, le quedaba muy bien. Aunque no tenía por qué ser extraño, ya que el señor Chalmerton debía de tener un asesor de imagen que le había aconsejado incluso en el corte de

cabello… Era un rostro correcto, enérgico y a la vez tierno, y decididamente hermoso.

—¿La casa del señor Chalmerton en Phoenix está cerca del lugar donde murió Weston Simms? —murmuró Brigitte.

—No, en absoluto. Esa casa está en el centro, en Jefferson Street, y el lugar donde murió Weston Simms, ya lo recuerda usted, es frente al número 534 de Johnson Terrace, en el extrarradio. Solamente volando habría podido llegar Simms desde la casa de Chalmerton a aquellas azoteas.

—Y evidentemente no volaba, pues de haber sido así no se habría estrellado contra el suelo —murmuró Brigitte—. Según parece mi corazonada de esta vez no tiene fundamento. Sin embargo… ¿no es bien cierto que cualquiera relacionaría una pirámide con una tumba?

—Pero tú no eres cualquiera —dijo seriamente Minello.

Brigitte quedó pensativa, echando de cuando en cuando una mirada a la fotografía de Raymond D. Chalmerton. Por fin miró a Minello, y preguntó:

—¿Aceptarías ayudarme, Frankie?

—¿Quieres decir… ir contigo a Phoenix? —saltó Frankie—. ¡Sabes perfectamente que no haría en la vida otra cosa que acompañarte!

—¿Qué va a hacer de nuevo allí? —intervino Pitzer—. Porque si se trata de reabrir la investigación en torno a Weston Simms quizá sería mejor que le asignáramos a unos cuantos agentes especializados.

—Ya quedó demostrado que esos agentes especializados no podían conseguir nada, tío Charlie. Esta vez lo vamos a hacer de un modo más… sencillo e ingenuo, pero al mismo tiempo más peligroso. Digamos que el cebo va a ser más sabroso y al mismo tiempo menos peligroso. Ahora bien, la persona que haga de cebo sí correrá un grave peligro…

—¡No consentiré que corras más peligros! —exclamó Minello—. ¡De ninguna manera permitiré que una vez más hagas de carnada…!

—Frankie, cálmate, cálmate —rió la divina espía—. No voy a ser yo quien se va a jugar el pellejo haciendo de carnada, en esta ocasión.

—¿No? ¡Menos mal! ¡Me habías asustado!

—Serás tú quien esta vez harás de cebo y estarás en la boca del lobo, mientras yo, tranquilamente, me dedico a mi simpática e inofensiva labor de periodista.

# Capítulo II

Había alquilado un helicóptero en Phoenix, y ahora sobrevolaba la zona del desierto próxima a Gila Bend donde había sido construida la pirámide, que veía a su plena satisfacción.

Era sencillamente fantástica.

—Cosa de locos, ¿eh? —rió el piloto del helicóptero.

Brigitte le miró, y le obsequió con una sonrisa de puro compromiso cortés, que no quería decir nada en absoluto. Luego, regresó su atención a la pirámide, en torno a la cual, y siguiendo sus instrucciones, el piloto daba lentas vueltas con el helicóptero, a escasa altura.

Era el único modo en que los extraños podían acercarse relativamente a la pirámide: en helicóptero. Por tierra era imposible, pues una amplia zona de desierto había sido alambrada, y, por la parte interior de esta alambrada, circulaban tres Land Rover cada uno de ellos con tres hombres armados dispuestos a impedir a quien fuera su acercamiento a la pirámide. Y no digamos su entrada al recinto.

Así que si alguien quería ver de cerca la pirámide, tenía que ir por allá en helicóptero, lo cual no estaba, ciertamente, al alcance de todos los curiosos, pues un helicóptero no era barato de alquilar, y mucho menos de comprar, o bien, podía instalarse en las estribaciones de las Gila Bend, y, desde allá, con prismáticos, echarle un vistazo al faraónico monumento, cosa que sí estaba al alcance de mucha gente, pues Brigitte veía, en las montañas, el reflejo del sol en las lentes de varios prismáticos.

«Si algún día tengo necesidad de ganar dinero —pensó— haré algo que pique la curiosidad de la gente. La curiosidad y la gula son las dos fuentes mayores de riqueza de los comerciantes».

Pero, en fin, ella había prescindido de los curiosos de los prismáticos, de los que habían llegado en automóvil hasta donde las

alambradas lo permitían, y, ahora, sobrevolaba una vez más la pirámide.

Sí, sencillamente fantástica.

Ciertamente, no tenía la altura de la pirámide de Keops, es decir ciento cuarenta y seis metros, pero sí era de un tamaño impresionante. Y no menos impresionante resultaba imaginarse su construcción, aunque ni mucho menos hubieran concurrido en ella las alucinantes circunstancias de siete u ocho mil esclavos transportando piedras a fuerza de músculos y sangre. Con los métodos modernos todo era más fácil…, aunque también mucho más costoso. Aun suponiendo que la construcción de la pirámide de Oguzeh hubiera sido financiada por un grupo del cual al señor Chalmerton podía ser sólo la cabeza visible el costo tenía que haber sido fabuloso.

De piedra caliza, por supuesto, transportada hasta allí desde todos los puntos de Estados Unidos donde existiera tal material. Y esto dejó perpleja a la señorita Montfort: no tenía ni idea de en qué lugar o lugares de los Estados Unidos había canteras de piedra caliza. Con lo que se demuestra que la cultura nunca es completa, y que nadie puede saberlo todo, ni siquiera una pequeña parte de todo.

Una pirámide.

Así de sencillo.

Si no fuese por los Land Rover y los automóviles que se divisaban a lo lejos al otro lado de las alambradas, uno podía sentirse transportado a la Antigüedad, al desierto junto al Nilo, pues, ciertamente, alrededor de la pirámide y las construcciones auxiliares habían sido plantadas algunas palmeras que conferían al desierto de Arizona un cierto aire africano.

Ah, sí, las construcciones auxiliares…

El complejo piramidal era completo, una buena copia del de Giza, pues además de la pirámide central había otras tres, diminutas, al pie de uno de sus lados, que se suponía para servir de tumbas a muertos de menos importancia, y luego una pequeña necrópolis vulgar y corriente para muertos todavía menos importantes. Lo cual tenía su gracia, a juicio de Brigitte, parque bueno, se puede admitir que en vida haya personas más importantes que otras, es decir, que alcancen mayor significación, importancia o

trascendencia, por sus obras, ya sean buenas o malas. En fin, que uno puede destacar en vida, pero… ¿cómo destacar en la muerte? Uno se muere, y ya está, y no hay nada que nadie pueda hacer para diferenciar a un muerto de otro. Simples cadáveres, despojos físicos, todos iguales.

A menos que a uno lo embalsamen, claro.

Pero supongamos que a uno lo embalsaman. ¿Y qué?

Menuda majadería, el embalsamamiento de cadáveres…

—Usted dirá cuándo quiere que dejemos de dar vueltas —dijo el piloto, mirándola de nuevo.

—Sólo una más —pidió la divina periodista-espía.

—*Okay*.

El helicóptero siguió sobrevolando la pirámide, en lento círculo. Tal vez tuviera noventa metros de altura, lo que no estaba nada mal. Era de forma perfecta, y en su construcción debían de haberse invertido meses y meses de trabajo, con un gasto tremendo. Sí, quizás ese gasto había aportado riqueza a la zona, había dado trabajo, todo eso. Pero… ¿valía la pena todo aquel gasto destinado exclusivamente a servir de tumba a un hombre?

¿O no había sido construida para eso la pirámide de Oguzeh?

Y además, ¿por qué se llamaba de Oguzeh? No había nada por allí que tuviera ese nombre, ni tan siquiera parecido. El nombre de Oguzeh sólo aparecía en la invitación que Brigitte había recibido.

Decidió no hacer más cábalas, y tocó en un brazo al piloto, que la miró inquisitivamente.

—Vámonos ya. Iremos ahora a la casa.

El hombre sonrió. Era joven, apuesto y simpático… Y listo. Lo era de verdad, porque si hubiera sido tonto inmediatamente de conocer a Brigitte habría iniciado su conquista, amparado en su belleza física. El hecho de haber sabido comprender en el acto que la Montfort no se iba a impresionar en lo más mínimo por su bello rostro masculino o sus músculos de atleta, era un indicio de su inteligencia.

—Si quiere que le diga la verdad —dijo—, me gusta más la casa que la pirámide. Aunque a lo mejor es porque la casa es para vivir y la pirámide es para morir.

—A lo mejor —rió Brigitte—. Pero como sea, a mí también me gusta más la casa.

Los dos tenían razón, y Brigitte quedó de nuevo fascinada cuando, a los pocos minutos, sobrevolaban la casa que Raymond Dwight Chalmerton se había hecho construir en el desierto, cerca de la pirámide de Oguzeh. Era una construcción amplísima, de una sola planta, con tejado rojo y paredes pintadas de color ocre parecido al de la tierra en la que se asentaba. Disponía de dos pistas de tenis, una colosal piscina en cuyo centro había un islote con algunas palmeras, y el más fantástico, espectacular y bello jardín que Brigitte recordara haber visto jamás, lleno de palmeras, olivos, granados, arbustos de flores de todas clases, enormes árboles que desconocía, y hasta había un riachuelo artificial cuyo nacimiento no se veía, pero que iba a desembocar en la impresionante y paradisíaca piscina de aguas azules como el mismísimo cielo.

—Maldita sea mi estampa —dijo el piloto—: ¡y pensar que yo vivo en un apartamento de tres habitaciones!

—El mío es más grande —dijo Brigitte—…, pero aunque fuese enorme nunca podría compararse a una casa como ésta.

Tuvo súbito recuerdo de Villa Tartaruga, y sintió como una punzada en el corazón. Tal vez hacía demasiado tiempo que no iba allá, y la idea de que precisamente por eso Número Uno estuviera molesto y tampoco la visitara a su vez por eso, no le pareció descabellada. Era absurdo, y la espía decidió que cuando terminara con aquel asunto iría a visitar a Número Uno a la villa de la isla de Malta, donde tan feliz había sido siempre… y donde quería seguir siendo feliz…

—Ya nos están vigilando —señaló el piloto hacia abajo.

Brigitte siguió la dirección de su indicación, y, en efecto, vio a dos hombres, armados de rifles, que tenían la mirada alzada hacia el helicóptero. La periodista señaló la zona de verde y tierno césped que era prácticamente la única parte despejada del enorme jardín exótico.

—Aterrice ahí —ordenó.

—¿Aterrizar? ¿Está hablando en serio? Esos tipos…

—Aterrice.

—Muy bien. Si nos llenan de plomo será culpa suya.

No muy tranquilo, el piloto obedeció la orden de su pasajera, y el aparato se posaba segundos más tarde sobre el césped. Los dos hombres armados seguían en el mismo sitio, apuntando ahora

aunque sin demasiada ostentación con sus rifles hacia el helicóptero.

—¿Qué hacemos? —preguntó el piloto.

—Nosotros, nada. A ver qué hacen ellos.

—Pues a ver qué hacen.

Ni siquiera habían transcurrido diez segundos cuando de entre la espesura apareció un carrito de golf que se desplazaba tan silenciosamente que sólo podía ser debido a su funcionamiento por medio de motor eléctrico. En ese carrito llegó un hombre joven, apuesto, que vestía como los otros dos, unos sencillos pantalones blancos, zapatillas del mismo color, y camisa de color ocre, parecido al de las paredes de la casa. Saltó del carrito, y se acercó al helicóptero.

—Están ustedes violando una propiedad privada —dijo amablemente—. Tengan la bondad de marcharse.

Brigitte asomó su cabeza junto a la del piloto, y dijo:

—¿Sería tan amable de decirle al señor Chalmerton que recibí su invitación para la inauguración de la pirámide, y que su gesto me ha parecido tan simpático que quiero agradecérselo privadamente? Soy…

—Brigitte Montfort.

—En efecto —sonrió la espía.

—Disculpe usted: no la había visto.

—Pues ya me ve ahora —casi rió Brigitte.

El hombre descolgó de su cinturón blanco un pequeño aparato que parecía un auricular telefónico, cuyo dispositivo oprimió, colocándoselo acto seguido, en efecto, como si fuese un aparato de teléfono.

—Soy Neil —murmuró—. La persona que viaja en el helicóptero es la señorita Montfort. Desea ver al señor Chalmerton.

—¿…?

—Solamente el piloto del helicóptero.

—Sí. Bien… Sí, sí, entendido, de acuerdo. —El hombre cortó la comunicación, y dijo—: El señor Chalmerton la recibirá, señorita Montfort. Pero el helicóptero no puede permanecer aquí.

—Lo comprendo —asintió Brigitte—. De modo que se irá y volverá a recogerme dentro de una hora. En cualquier caso, puesto que dispone de radioteléfono podemos pasarle nuevas instrucciones

cuando sea necesario.

—Muy bien. Permítame ayudarla.

El hombre hermoso pasó al otro lado del helicóptero, y Brigitte se apeó por allí, sujetándose con una mano al solícito empleado de Chalmerton y portando en la otra un encantador maletín rojo con florecillas azules estampadas. Se alejaron, el helicóptero se elevó, y en un instante dejó de sobrevolar la propiedad, que regresó a un insólito y paradisíaco silencio. Brigitte subió al carrito, y en pocos segundos llegaron al borde de la zona de césped, y desparecieron entre la espesura. Apareció enseguida el jardín, y delante la hermosa casa rodeada de amplias galerías frescas y umbrías. Apenas se oía el rumor del riachuelo artificial en su discurrir hacia la piscina. El hombre detuvo el carrito, y señaló un puentecillo que cruzaba el riachuelo. Se apearon ambos, y fueron hacia el puentecillo, por el que caminaron para pasar al otro lado.

De repente, Brigitte quedó como clavada al suelo.

—Cielos —murmuró.

—No se preocupe —casi rió Neil—, están tan bien alimentados que son inofensivos. Nunca tienen hambre, y es bien sabido que los animales sólo atacan para procurarse alimento.

Mientras él hablaba Brigitte seguía mirando el grupo de cocodrilos que tomaban el sol instalados en el fango de la orilla, que evidentemente ellos mismos habían provocado con sus patas, pues el terreno no era fangoso. Parecían de piedra, y sus ojos destellaban como cristales. Su inmovilidad era tal que por un momento Brigitte incluso llegó a pensar que podía tratarse de un grupo escultórico y que Neil le había gastado una broma.

Pero no era un grupo escultórico. De pronto, uno de los cocodrilos movió la cola y la cabeza, pareció alzar la mirada hacia Brigitte, y se deslizó con velocísimo y silencioso gesto hacia las aguas, desapareciendo en ellas. Eso fue todo. Los demás permanecieron extáticos. Había quizás una docena.

—Esperemos que nunca se olviden ustedes de alimentarlos —dijo la divina—… Por supuesto, son del Nilo.

—Por supuesto.

—¿Y qué es lo que comen? ¿Palomitas de maíz?

Neil se echó a reír, y señaló hacia la casa, reanudando ambos la marcha.

—Suelen comerse dos terneros diarios —informó—. Llegaron aquí en avión, bastante escuálidos, pero enseguida se recuperaron. Bien alimentados no son demasiado desagradables…, aunque tampoco son amigos de bromas ni zalemas.

—A lo peor se han enterado de que las personas solemos utilizarlos para hacernos zapatos y bolsos con sus pieles, y eso limita considerablemente su sentido del humor y del afecto.

Neil se quedó mirando sorprendido a Brigitte. De pronto, soltó una carcajada, y dijo:

—Estoy seguro de que usted se entenderá muy bien con el señor Chalmerton. De todas maneras él ya me advirtió que cuando la tratase comprendería fácilmente que es usted, realmente, una persona excepcional.

—Tan excepcional que nunca he tenido zapatos de piel de cocodrilo. Sin embargo, me acuso de tener abrigos de chinchilla.

Neil volvió a reír, mientras Brigitte sonreía amablemente. Estaba siendo presa primero del desconcierto y acto seguido del asombro, que casi era incredulidad: Habían llegado a una de las galerías, y, una vez allí, se sintió transportada no a otro mundo, sino a otra época, pues todo el ambiente sugería las grandes edificaciones palaciegas del tiempo de los faraones: grandes habitaciones abiertas a los cuatro vientos, paredes y pisos de piedra, columnas… Parecía el decorado de una película de Marco Antonio y Cleopatra, pero un decorado de calidad, y todo auténtico…, salvo el río, que era artificial, y sin duda bien a pesar de Chalmerton, que quizá todavía estaba pensando cómo trasladar el Nilo al desierto de Arizona…

Y de repente vio a Oguzeh.

Es decir, vio al hombre encantador de la fotografía, pero supo en el acto, con su fina intuición natural que el espionaje había desarrollado, que aquel hombre era Oguzeh.

Así pues, la denominación Oguzeh no se refería al nombre de un lugar, sino de un hombre. Era, sin duda, el nombre de faraón que Raymond D. Chalmerton se había arreglado para sí mismo. Estaba viendo las facciones del hombre que Pitzer le había presentado en fotografía como Chalmerton; pero sólo las facciones; el resto de aquella persona sólo podía corresponder a un faraón, vestido con regia túnica larga hasta los pies, de blancura inmaculada pero recamada con bordados de oro. También las sandalias parecían de

oro. Y, en cuanto al peinado, era en forma de melena faraónica indiscutiblemente.

En suma, a aquella imagen sólo le faltaba ponerse de costado, con el clásico gesto plasmado por los artistas egipcios para simular el movimiento de la marcha, para parecer un egipcio de miles de años atrás.

La sorpresa, aunque breve, había sido tan grande que Brigitte ni siquiera se dio cuenta de que Neil la había dejado sola, de lo cual sólo se enteró cuando se detuvo al llegar ante aquella clásica imagen faraónica… cuyo rostro era el de Raymond Dwight Chalmerton.

—Señorita Montfort —dijo con voz de galán cinematográfico el faraón—, no sabe cuantísimo placer me causa su inesperada visita: es usted una de las pocas personas a las que me veo capaz de admirar en este degradado mundo.

No le tendía la mano, ni hacía gesto alguno. Brigitte se recuperó rápidamente, y sonrió.

—Es usted, muy amable, Oguzeh.

—¡Ah! —exclamó Chalmerton—. ¡De modo que usted lo ha adivinado!

—Nada más verlo. Lo que no sé es cómo debo llamarlo: ¿Majestad, Faraón, Hijo del Sol, Dios del Sol…?

—Una persona de su categoría puede llamarme lisa y llanamente por mi nombre, dejando aparte tratamientos y pleitesías. De modo que, sencillamente, llámeme Oguzeh. ¿Aceptaría tomar zumo de uvas fresco?

—Me encantará.

—Espléndido. ¿Puedo llamarla Brigitte?

—¡Naturalmente!

—No puede imaginarse el placer que siento al conocerla personalmente. En cierto modo somos casi colegas, ¿no le parece? Usted fue reina de Atlantic Kingdom, rozó la presidencia de los Estados Unidos, y yo soy el faraón Oguzeh. Digamos que tenemos una cierta… realeza indiscutible. Es por eso que decidí que usted merecía un sitio en esta tumba sólo para reyes.

—¿Qué quiere decir?

—Ya sé que no quedan muchos reyes actualmente, y mucho menos, faraones, así que no he tenido más remedio que aceptar…

personajes de menor relieve para rellenar la lista. En cualquier caso, usted figura en ella con todos los honores y además en los primeros puestos. Y me alegra que haya venido antes de la ceremonia de inauguración porque así podrá escoger usted misma su propia tumba.

—No sé si comprendo —murmuró Brigitte.

—¡Pero querida, naturalmente que comprende! —exclamó Oguzeh, señalando hacia el horizonte, donde por encina de la vegetación del jardín, se veía la punta de la colosal pirámide—. Estados Unidos necesitaba una tumba digna de sus grandes personajes y de los de todo el mundo, y alguien tenía que construirla… Después de muchos proyectos comprendí que la grandeza de la vida y la muerte sólo está dignamente representada por las pirámides, de modo que me puse manos a la obra.

—Lo que usted me está diciendo es que esa pirámide será mi tumba.

—¡Exacto! ¿No se siente usted satisfecha, halagada… e incluso feliz?

—Me halaga que me haya elegido para ocupar tan magnífico sepulcro, pero, francamente, mi opinión es que después de la muerte todos precisamos muy poco espacio.

—¡Por supuesto que no! —se escandalizó Oguzeh—. Eso se queda para los plebeyos, para la escoria de la vida. Nosotros merecemos una mayor perpetuidad de nuestros cuerpos. Está claro que, en su momento, los privilegiados destinados a descansar en la pirámide de Oguzeh dispondremos de un servicio de embalsamamiento digno de los más exigentes faraones de todos los tiempos.

—No hace mucho hablaba de este tema con un amigo; quiero decir, del tema de la vida, la muerte y los sepelios. Personalmente, he dispuesto en mis últimas voluntades ser incinerada, y las cenizas arrojadas al mar.

—¡Cielo santo, claro que no! —Oguzeh estaba horrorizado, los ojos se le salían de las órbitas—. ¡Una persona de su calidad no puede hacer eso, una persona como usted debe ser embalsamada…!

—¿Para qué?

—¡Para durar eternamente!

—Nada dura eternamente —casi rió Brigitte—. Ni siquiera la

eternidad. Mucho menos, un cadáver, por muy embalsamado que esté. Si usted, como curiosidad científica o técnica, quiere ser embalsamado, de acuerdo. Pero no lo haga con la pretensión de durar eternamente. Ni mucho menos. Por muy bien embalsamado que estuviese finalmente se convertiría en polvo.

—¡Después de muchísimo tiempo!

—¿Muchísimo tiempo? ¿Cuánto es muchísimo tiempo? ¿Un millón de años por ejemplo? ¿O tal vez un billón de años? ¿Prefiere quizás un trillón de siglos?

—¡No irá usted a decirme que un trillón de siglos no es mucho tiempo!

—Ah, sí, es tiempo, mucho tiempo. Pero solamente tiempo, o sea, la materia más perecedera que existe, porque está muriendo continuamente. Pero está bien, supongamos que su momia durase un trillón de siglos. O mil trillones de siglos. ¿Qué más da? Finalmente, se convertiría en polvo, en nada. Y como el tiempo no tiene importancia para los vivos y mucho menos para los muertos, ¿qué habríamos ganado manteniendo momificada una materia durante mil trillones de siglos…, que serían pura y simplemente un instante en la grandiosidad interminable del tiempo? El tiempo sólo tiene importancia cuando empieza, no cuando termina. Por ejemplo, a usted un año de espera puede parecerle muchísimo tiempo, pero una vez ha transcurrido ese año le parecerá que la espera ha durado sólo un instante. ¿No está de acuerdo conmigo?

Oguzeh, el faraón de Arizona, murmuró, sin apartar su inmóvil mirada de los azules ojos de la espía:

—Usted y yo tenemos mucho de qué hablar, señorita Montfort. Y no voy a dejarla marchar hasta que lleguemos a un acuerdo.

# Capítulo III

El acuerdo seguía sin gustarle a Frank Minello, y ello por una razón muy sencilla: nunca Brigitte había encargado a otras personas la parte peligrosa de cualquier trabajo, más bien, al contrario, se la reservaba para sí, y dejaba a sus amigos los cometidos más fáciles o, cuando menos, menos peligrosos.

Así pues, Minello estaba convencido de que mientras Brigitte corría gravísimos peligros realizando su parte del trabajo intentando un acercamiento a la pirámide y a su propietario, él se estaba dando la gran vida en aquel apartamento, perdiendo el tiempo estúpidamente.

Porque claro está, nadie iba a llamarle por teléfono.

El plan ideado por Brigitte era el siguiente: él iba a Phoenix, se instalaba en un apartamento lo más cercano posible al número 534 de Johnson Terrace (es decir, el edificio desde el cual había caído tiempo atrás el Agente de la CIA Weston Simms), y a continuación insertaba un anuncio en los periódicos locales, indicando su número de teléfono, o sea, del apartamento recién alquilado, y con la siguiente explicación bien clara:

---

OFREZCO $ 25 000 A QUIEN ME
FACILITE NUEVAS INFORMACIONES SOBRE
ACCIDENTE MORTAL DEL PASADO MES
ANTE EL 534 DE JOHNSON TERRACE,
PHOENIX.

---

No es que el anuncio fuese muy explícito, pero para las personas que supieran de qué iba el asunto y que todavía pudieran tener interés por él, la cosa estaba bien clara: un tipo quería saber más

cosas sobre la muerte de Weston Simms, y estaba dispuesto a pagar nada menos que veinticinco mil pavos, Y según Brigitte alguien llamaría al teléfono reseñado en la cabecera del anuncio. Tenía que ser así, era inevitable. Porque una cosa era cierta: Weston Simms no había ido a Phoenix por puro capricho, para caer acto seguido desde una azotea con el cuerpo acribillado a balazos; si había ido a Phoenix había sido por algo, había sido porque se había enterado de algo que ocurría allí… ¿Y cómo había de enterarse Simms de que algo interesante ocurría en Phoenix si no se lo decía alguien? Conclusión: alguien le había dicho a Simms algo que había impulsado al agente de la CIA a trasladarse en secreto y urgentemente a Phoenix, donde lo habían matado. Pregunta: ¿quién había atraído a Simms a Phoenix? ¿Estaba todavía vivo? Si la respuesta era «Sí», esa persona tenía que interesarse por esos veinticinco mil dólares, o, al menos, por la persona que se interesaba por Weston Simms particularmente.

Porque una cosa era meterse en líos con la CIA directamente, y otra tratar privadamente un asunto, ¿no?

Frank Minello admiraba a Brigitte hasta la adoración, y tenía más que suficientes motivos para saber que ella casi nunca se equivocaba, especialmente en cuestiones de espionaje. Pero aquella vez se estaba equivocando. ¿Por qué una persona que se había estado ocultando durante las investigaciones de la CIA en torno a la muerte de Simms iba a dar señales de vida ahora? ¿Por unos cochinos veinticinco mil dólares?

No señor, nadie llamaría.

Sonó el teléfono.

Minello respingó, y se quedó mirando con ojos saltones el aparato, cuyo timbre volvió a sonar. Sonrió de pronto. ¡Hombre, claro, era Brigitte quien le llamaba, para saber cómo iban las cosas por allí…! Pero no, porque si Brigitte quería decirle algo no necesitaba llamarle por teléfono, podía hacerlo mucho más discretamente y cómodamente utilizando la radio de bolsillo…

Reaccionando, Frank Minello se abalanzó hacia el teléfono, y descolgó el auricular.

—¿Sí? —masculló.

—¿Es usted la persona que ha puesto el anuncio en The Guardian?

—¿Qué anuncio?

—El de los veinticinco mil dólares.

—Sí. Soy yo.

—Bueno, yo puedo proporcionar algo muy interesante sobre lo que sucedió aquel día.

—Bien… Estupendo, amigo —Minello no podía creer lo que estaba oyendo—… Por mi parte, dispongo de los veinticinco mil dólares en efectivo, listos para su entrega. Siempre y cuando no pretenda tomarme el pelo.

—Nada de eso. Tengo algo que sé que es muy importante.

—¿Qué es lo que tiene usted?

—Mire, usted lo entiende, ¿verdad? Yo he permanecido todo este tiempo callado porque tenía miedo… Y sigo teniéndolo, claro, pero veinticinco mil pavos son muchos para mí, y he decidido correr el riesgo. Pero el mínimo riesgo.

—Lo comprendo perfectamente. Ponga usted las condiciones que quiera para nuestra entrevista.

—Nada de entrevistas. Haremos las cosas del siguiente modo: usted dejará el dinero donde yo le diré, y luego yo le enviaré lo que encontré…

—No se canse —cortó secamente Frank—: no hay trato, amigo. Se lo voy a decir claramente: para mí, veinticinco mil dólares son centavos, pura basura, ¿comprende?, pero no los voy a perder a manos de un vivo que pretenda reírse de mí. De eso nada, amigo.

—Le aseguro que pienso jugar limpio.

—Tal vez sea cierto. Pero sea razonable: ¿usted entregaría veinticinco mil dólares de ese modo?

—Me parece que no.

—Escuche, no quiero ni siquiera saber quién es usted, no va a tener problemas de ninguna clase, haremos las cosas como usted quiera, pero nada de trucos ni tonterías. Usted me entrega lo que encontró, yo le entrego el dinero. Mano a mano. O eso, o nada.

—No sé…

—Piénselo y vuelva a llamarme. Pero piénselo bien: son veinticinco mil dólares. ¿Qué es lo que encontró usted?

—Un portafolios.

—¿Quiere decir que el hombre que cayó del edificio llevaba un portafolios?

—No exactamente. Verá, yo iba por la calle, justamente por delante del 534 de Johnson Terrace, y me cayó un portafolios ante los pies… Bueno, digamos a unos pocos metros. Claro, miré hacia arriba, para ver de qué terraza o ventana había caído…, y entonces vi caer desde el tejado al hombre… Se aplastó a poca distancia de mí, fue horrible oír crujir sus huesos y su carne… Bueno, oí gritos de gente que corría, todo eso. Yo estaba como paralizado. Y entonces volví a mirar el portafolios, y no sé por qué corrí hacia él, lo cogí, y me alejé a toda prisa… Mire, le voy a decir la verdad: sí sé por qué cogí el portafolios y me largué de allí casi corriendo, ¿sabe?

—Creyó usted que contenía dinero.

—Bueno… Pues francamente, sí. Pero no contiene dinero.

—¿Qué contiene?

—Planos. O mapas, no sé. No entiendo nada de nada.

—Planos o mapas —murmuró Minello—… ¿Sabe alguien más que tiene usted ese portafolios?

—No, nadie.

—Mejor. Bien, la oferta de veinticinco mil dólares sigue en pie. ¿Dónde y cuándo nos vemos?

—No sé… Mire, yo había preparado las cosas de otra manera, más a mi conveniencia, pero ya comprendo que usted no quiere aceptarlo así. Deme un tiempo para pensar cómo y dónde nos vemos.

—Yo he venido a Phoenix a solucionar esto. Me encontrará aquí sea la hora que sea. No deje de llamarme.

—Sí, de acuerdo… Está bien. Le llamaré.

El interlocutor de Frankie colgó el auricular, y Frankie hizo lo mismo. Inmediatamente, recurrió a su radio de bolsillo, efectuando la llamada que le pondría en contacto con Brigitte. Oyó en su aparato el leve zumbido de llamada en el de Brigitte, pero no había respuesta. Cortó la llamada, y se acercó a la ventana, ante la cual se quedó, contemplando la calle. El apartamento era un entresuelo, casi a nivel de la calle. A la derecha de la entrada al edificio había un tramo de escalones de piedra que conducían a un semisótano, y frente a la entrada, por supuesto, unos cuantos escalones amplios, que arrancaban en una graciosa verja de hierro forjado. Era un edificio antiguo, y el apartamento no era ninguna maravilla, pero

no había encontrado otro más cerca del lugar donde había muerto Weston Simms…

La pequeña radio que todavía sostenía en la mano emitió un zumbido, más bien una vibración, y Minello se apresuró a admitir la llamada.

—Sí, dime.

—¿Me has llamado? —Distinguió la voz de Brigitte, inconfundible.

—Sí, pero si no puedes hablar ahora…

—Frankie, si te he llamado es porque me las he arreglado para que podamos hablar. ¿Qué ocurre? ¿Te ha llamado alguien?

—Pues sí… Sí.

—¡Bien! ¿Qué te ha dicho?

—Bueno, yo no estoy muy seguro de que ese sujeto vaya a jugar limpio… Es demasiado fantástico. Claro que interviniendo tú…

—Frankie, cariño, no puedo perder tiempo. ¿Qué te ha dicho ese sujeto?

—¡Me has llamado cariño! Ah, con cuánta ilusión he oído…

—¡Frankie, deja de hacer el tonto!

—Está bien. Pues verás, ese sujeto me ha dicho…

En cuestión de segundos, con precisión y concisión admirables, el «atolondrado» Frank Minello informó a Brigitte de la conversación sostenida con el desconocido. Y terminó con una pregunta:

—¿Qué hago?

—Vuelve a llamarme cuando él te imponga sus condiciones para la entrevista. Y, Frankie, ten mucho cuidado. No hagas nada sin consultarme. Ya sé que eres de cuidado, pero por favor, hazme caso.

—Está bien. ¿Dónde estás?

—En el palacio del faraón Oguzeh, cerca de mi tumba —rió la divina.

—¿Qué? —Respingó Minello—. ¡Ahora mismo voy a…!

—No vas a hacer nada ahora mismo…, salvo quedarte ahí esperando esa nueva llamada. *Ciao*, cariño.

—¡Pero…!

Clic, se oyó el leve ruido de la desconexión.

* * *

Brigitte guardó la radio en el maletín, ubicándolo dentro de éste de tal modo que si Frankie volvía a llamarla percibiría enseguida no el sonido, sino la vibración especial del aparato, como había sucedido poco antes mientras conversaba con Oguzeh.

Se hallaba ahora en un modernísimo cuarto de baño, del cual salió sonriendo, apareciendo en la galería como si saliera de la sala del trono. El «faraón» Oguzeh, que se hallaba contemplando el jardín, se volvió al oír el sonido de los tacones femeninos en el empedrado.

—Con usted se va de sorpresa en sorpresa —dijo sonriente Brigitte—. Viendo esta casa cabría suponer que los servicios higiénicos corresponderían a la época, es decir, que serían más bien… rudimentarios, por decirlo finamente. Sin embargo, son del máximo confort actual.

—Tampoco hay que exagerar —rió Oguzeh—. Bien está el palacio de piedra, jardines de reminiscencias antiguas, cocodrilos del Nilo, y flores de Egipto… pero no por ello vamos a prescindir de las comodidades actuales, como son el agua corriente, la electricidad, el gas, todo eso. Digamos que mi palacio conserva todo el aspecto encantador de la Antigüedad y contiene todos los elementos actuales de confortabilidad. A mí me parece una mezcla sensata.

—Sin duda lo es —asintió Brigitte—. ¿La pirámide es igual?

—¿Qué?

—Que si la pirámide también está construida de modo que dispone de todas las instalaciones de gran confort que pueden conseguirse hoy día o, por el contrario, es… un dédalo de pasadizos y huecos para faraónicas tumbas sumidas en las tinieblas.

—Tengo la impresión —sonrió Oguzeh— que a usted le encantaría ver por dentro la pirámide; quiero decir, antes del día de la inauguración.

—¿Puedo decir la verdad?

—Se lo ruego.

—¡Me muero por verla por dentro! —exclamó la espía, con tal gracia que el faraón no pudo evitar la carcajada.

—No hará falta que se muera… todavía —dijo entre risas Oguzeh—. Si ése es su gusto será un placer para mí acompañarla al interior de la pirámide. Bien entendido: éste es un privilegio que le

concedo únicamente a usted y del cual espero que no haga comentarios en su periódico.

—Soy de una discreción absoluta —aseguró Brigitte—…, cuando conviene.

—¿Cómo le gustaría ir allá? ¿En automóvil o en trono volante?

—¿Trono volante? ¿Quiere usted decir a hombros de esclavos que transportan un trono de viaje?

—Exactamente.

—En mi opinión, lo único bueno que tienen las máquinas es que pueden aliviar a las personas de las penalidades del trabajo y la fatiga inútil. Es por la única razón que me gustan los automóviles, pero es una muy buena razón.

—O sea, que quiere ir usted en automóvil.

—Por supuesto.

—¿Sabe una cosa? —murmuró Oguzeh, mirándola fijamente—: es usted mucho más atractiva, luminosa y humana en carne y hueso que en fotografías o en televisión. Y esto me está sorprendiendo muchísimo, señorita Montfort, porque generalmente los grandes personajes suelen… disminuir de tamaño, de méritos y de respeto cuando se les trata íntimamente.

—Llámeme Brigitte —rió la divina espía—. Y gracias por llamarme gran personaje.

Raymond Dwight Chalmerton todavía estuvo unos segundos mirando con suma atención a Brigitte, como si a cada instante encontrase en ella una nueva faceta digna del mayor interés. Por fin, hizo un gesto, y señaló hacia el otro lado de las galerías ajardinadas.

Cruzaron por entre olorosas frondas, y llegaron ante la casa propiamente dicha, con un pórtico de piedra absolutamente impresionante. Frente a la casa había una gran explanada en la que no se veía a nadie, y que parecía hecha de sol hirviente. El cielo era de un azul diáfano, transparente, bello como los ojos de Brigitte.

—Nos hemos olvidado del zumo de uvas —exclamó Oguzeh.

—A decir verdad, prefiero ir a ver la pirámide. Y no me importa perderme un zumo de uvas, ni un almuerzo completo, ni cualquier otra cosa de ese estilo.

—Tengo cada vez más intensa la sensación de que convivir con usted ha de ser sumamente fácil… y grato —murmuró Oguzeh—.

Va a resultar que es usted la única persona en este mundo con la que vale la pena relacionarse en vida y no en muerte.

—¿Qué quiere decir? —murmuró Brigitte.

Oguzeh sonrió, batió palmas, y apareció inmediatamente Neil, que captó e interpretó el gesto de Oguzeh, asintió, y desapareció de nuevo.

—¿Qué ha querido decir? —insistió Brigitte.

—Como usted habrá comprendido ya, es mi intención compartir la pirámide con las más regias personalidades del mundo que la acepten como lugar de reposo eterno, es decir, como tumba, y con tal fin, las he invitado, para que la vean y decidan si aceptan mi oferta o prefieren ser… depositados en una tumba vulgar y corriente de cualquier vulgar cementerio. Así, por ejemplo, no me sorprendería que el señor Reagan, que es un fantoche presuntuoso, aceptase este otro signo de inmortalidad y fama mundial, y como él otros personajes de significación mundial, unos por diversión, otros por vanidad, otros por puro y simple interés, otros porque aunque sea después de la muerte les seduce la idea de la paz y el silencio de mi pirámide… Gente con la que compartiré el silencio de mi tumba, Brigitte; gente que se dará importancia, y que me la dará a mí, que seré así no el chiflado que construyó una pirámide, sino el gran talento que en la muerte se rodeó de las personas más importantes del planeta. ¿Comprende esto, esta… pequeña vanidad?

—Todos somos un poco vanidosos —dijo Brigitte seriamente.

—Ah, sí, es cierto. Y es disculpable, ¿no le parece? Pero ocurre que las personas, por lo general, tenernos tantos defectos que nuestras pequeñas, insignificantes y hasta hipotéticas virtudes apenas se notan. En usted, por el contrario, no se vislumbran defectos de ninguna clase, y, en cambio, se presiente un aura de humanidad dulce e inteligente que me tiene muy impresionado desde el primer momento. ¿Cree usted en el aura de las personas?

—Dígame antes qué entiende usted por aura.

—Digamos que el aura de las personas es… como un aliento del espíritu de cada cual, algo que emana de cada persona, y que transmite sensaciones a los demás. En la mayoría de las personas, el aura está inutilizada, no se percibe ni para bien ni para mal; en otras personas el aura se percibe, pero generalmente sólo para expresar o emanar el mal y las más bajas cualidades del ser

humano, como son el odio, la envidia, el miedo… En usted, el aura se manifiesta con gran dulzura, y transmite a la vez una… claridad de pensamientos y de ideas, un sosiego lleno de fuerza vital. Y sé lo que estoy diciendo, no me tome por un loco o un tonto: he realizado en los últimos años muchos y muy profundos estudios esotéricos, y entre las muchas cosas que he aprendido de mí mismo y de los demás figura esta del aura. Usted, dicho lisa y llanamente, es una persona excepcional.

Neil reapareció, ahora conduciendo un imponente y silencioso automóvil negro de cristales opacos. Lo detuvo ante ellos, y se apeó. Pero ya Oguzeh había abierto la portezuela a Brigitte, que se acomodó en el asiento posterior. Esperó a que Oguzeh se sentara junto a ella y el automóvil se pusiera en marcha para preguntar, en un murmullo:

—En resumen, Oguzeh: ¿qué es lo que realmente se ha propuesto usted con esto de la pirámide?

—Ya se lo he dicho: descansar rodeado de personalidades, con el fin de que la mía alcance alguna significación en la Historia.

—¿Eso es todo? ¿Realmente?

—Hasta ahora ésa era mi última y única ambición no satisfecha. Lamentablemente, cuando ya me creía curado de anhelos y deseos terrenales, usted ha aparecido en carne y hueso, y está provocando tremendos cataclismos en mis sentimientos ya dormidos… ¿Aceptaría ser mi esposa?

Brigitte se quedó mirando al hombre que parecía un faraón, y que a su vez la contemplaba directa y fijamente.

—Déjeme pensarlo —susurró—… También usted ha alterado considerablemente mi sistema de vida y mis opiniones sobre la convivencia, y me siento… muy confundida.

—Lo comprendo perfectamente —una mano de Oguzeh se deslizó en lenta caricia sobre un muslo de Brigitte—… Y por supuesto estaré esperando con impaciencia su respuesta. Aunque dadas las circunstancias y nuestras personalidades poco corrientes, esa respuesta, sólo puede ser una.

Brigitte Baby Montfort sonrió levemente, y miró hacia el exterior, que se podía ver perfectamente desde el interior del coche, mientras que nadie del exterior podía ver quién viajaba en él. Estaban saliendo del recinto ajardinado que rodeaba el palacio del

faraón Oguzeh, y pronto circularon par un camino de tierra en cuyo final se erguía la pirámide.

# Capítulo IV

Un portón fue abierto en la alambrada por uno de los hombres que formaban parte de la dotación de uno de los Land Rover, el cual escoltó al negro automóvil hasta la pirámide, pasando ambos por la gran extensión de tumbas corrientes para seres sin significación mundial. Luego alcanzaron las tres pequeñas pirámides que servirían de tumbas a personas de «alguna» significación mundial, y finalmente, se detuvieron al pie de la enorme pirámide que hacía ya tiempo parecía presta a aplastarlos con su mole imponente e impresionante.

Neil se apeó, y abrió la portezuela del lado de Oguzeh, el cual se apeó a su vez y tendió la mano a Brigitte, para ayudarla a salir del automóvil. Brigitte lo hizo alzando la mirada hacia la punta de la pirámide, que parecía perderse en el azul infinito del cielo. Piedra sobre piedra, los enormes bloques ascendían dejando junturas apenas visibles entre ellos. No se veía el menor resquicio en parte alguna de la pirámide.

—Imponente, ¿no es cierto? —susurró Oguzeh junto a su oído.

—Sí, lo es. Demasiado imponente para que sirva solamente de tumba a unas cuantas personas, por importantes que éstas sean. Y no estoy tratando de molestar ni minimizar a nadie: simplemente, creo que la muerte no merece ni necesita tanto decorado. ¡Es todo tan sencillo en la muerte!

—En eso me temo que no estamos de acuerdo —murmuró Oguzeh.

De un pliegue de su túnica extrajo una cajita de mandos, uno de cuyos resortes apretó. En completo silencio, frente a ellos, un conjunto de bloques de piedra comenzó a deslizarse hacia el interior de la pirámide, dejando expedita una amplia entrada. Oguzeh tomó de un brazo a Brigitte, y ambos penetraran en la pirámide, deteniéndose en el umbral de una enorme antesala. La puerta de

grandes bloques se cerró tras ellos, actuando sus mandos eléctricos de sofisticado sistema e instalación. Por un instante reinó la oscuridad más absoluta; de pronto se hizo la luz, abundante y nítida, esparciéndose por toda la antesala sin que se viera en modo alguno su procedencia.

—Encantador —sonrió Brigitte—: lo antiguo y lo moderno, una pirámide de faraones y una instalación de luz eléctrica indirecta. ¿Cómo lo ha conseguido?

—Con dinero. Espero que no se sorprenda si le digo que en la construcción de mí pirámide han intervenido muchos ingenieros y arquitectos de diferentes especialidades. No ha sido en absoluto fácil llevar a cabo esta obra. Hasta el punto de que muchas veces me he preguntado cómo se las arreglaron los faraones anteriores para construir aquellas pirámides sin contar con los medios actuales.

—¿Acaso sabe usted con qué medios contaron?

—Bueno, es evidente que sólo dispusieron de esclavos.

—Vamos, Raymond, no diga tonterías.

—¿Tonterías?

—No es posible que usted se haya creído realmente que para construir las pirámides, o el coloso de Rodas, o cualquiera de tantos templos imponentes, nuestros antepasados dispusieran solamente de material humano, de obreros con su simple fuerza.

—¿Pues qué otra cosa?

—No lo sé —susurró Brigitte—… Bien, supongo que dentro de esta pirámide hay algo más que esta sala.

—Bastante más —sonrió con jactancia el faraón de Arizona—. Prepárese para llevarse tantas sorpresas una tras otra que quizá llegue el momento en que se desmaye.

Al oír esto, Brigitte Baby Montfort soltó una carcajada, pero acto seguido, con gesto muy cariñoso se tomó de un brazo de Oguzeh, dando a entender que estaba dispuesta a seguir a éste adonde fuese.

Se inició el recorrido.

Ante ellos se abrió otro hueco, dejando ver el principio de una corta y ancha galería igualmente iluminada. A ambos lados de la galería se abrían amplios huecos, ocupado el de la derecha por un tramo de escalones descendentes y el de la izquierda por un tramo ascendente. Oguzeh señaló el de la derecha, y dijo:

—No hay abajo nada que valga la pena para usted, de modo que iremos subiendo hacia la cumbre.

Brigitte no dijo nada. Ni había de decir nada durante el resto del recorrido, provocando así incluso un cierto enojo por parte de Oguzeh, que sin duda esperaba grititos de sorpresa y admiración y no pocos aspavientos de incredulidad y pasmo.

El recorrido no era demasiado largo. Al término del primer tramo de escalones ascendentes había una amplia sala adornada con antorchas que permanecían apagadas, y de la cual a su vez partían diversos tramos que conducían a otras tantas galerías y salas, cada una de las cuales disponía de una docena de hermosos catafalcos de piedra que todavía estaban siendo pulidos por silenciosos obreros jóvenes y hermosos, todos ellos ataviados con el uniforme blanco y ocre. Cada una de aquellas salas estaba destinada a diferentes personalidades. Había una para políticos, otra para artistas, otra para militares, otra para científicos… Pasillos y más pasillos formaban dentro de la pirámide una insólita y por supuesto inteligentemente construida red de comunicaciones entre cualquier punto de su interior. En parte alguna se oía más ruido que el escaso producido por los obreros en su trabajo, y Brigitte sólo pudo imaginarse la pirámide como una gran esponja llena de canales interiores que se comunicaban unos con otros, formando tal laberinto sin fin que finalmente perdió todo sentido de la orientación, y hasta llegó a sospechar que no había tantas salas ni tantas galerías como Oguzeh le iba mostrando, sino que el faraón la estaba paseando varias veces por las mismas galerías. Llegó el momento en que Brigitte se encontró como inmersa en un mundo irreal donde el silencio era amo y señor.

—Caben muchos muertos aquí dentro —dijo casi festivamente Oguzeh—, pero aun así deberé ser muy exigente en la selección… Se me ha ocurrido que usted podría ayudarme en ella.

—Es decir, que realmente espera usted que muchas grandes personalidades aceptan ser enterrados aquí.

—Desde luego que sí.

—Me temo que no tendrá tantas aceptaciones como cree…, a menos que convierta la pirámide en una especie de… mausoleo colectivo al cual puedan acceder siempre que lo deseen los familiares de sus ocupantes que deseen traerles flores y alguna

oración. ¿Será así, la pirámide quedará abierta?

—Claro que no —gruñó Oguzeh—. Mientras yo esté vivo nadie más que los personajes que hayan aceptado ni invitación a permanecer aquí por los siglos de los siglos ocupará este lugar. Y cuando yo muera y sea depositado en mi cámara mortuoria la pirámide será sellada para toda la eternidad.

—Eso quiere decir que si yo deseara permanecer en muerte aquí dentro no me quedaría más remedio que morir antes que usted.

—Arreglaremos eso en un momento más íntimo y agradable —murmuró el faraón, acariciando una mejilla a Brigitte—… ¿Le gustaría ver la Gran Cámara?

Brigitte asintió, comprendiendo que Oguzeh se había estado reservando la gran sorpresa final. Oguzeh la condujo con aires de importancia a una cámara más amplia que las demás, en la que solamente había un catafalco de mármol blanco y bellísimo. La luz era allí más intensa y dorada, y Brigitte supo enseguida que, por alguna parte, entraba aire directamente del exterior.

—Estamos en la cumbre —apuntó Oguzeh con un dedo hacia el techo—. Por encima de nosotros sólo está el sol. Aquí es donde me he propuesto reposar durante la eternidad, pero ya no deseo hacerlo solo: ordenaré que fabriquen inmediatamente otro catafalco como el mío, para que lo instalen a mi izquierda, y así usted jamás tendrá que alejarse de mí.

Brigitte no se molestó en contestar. El lugar era hermoso e impresionante, y hasta se podía aceptar su grandiosidad sólo por aquella recepción de aire natural cuya entrada era imposible ver; seguramente llegaba por los mismos conductos que la luz, por detrás de grandes bloques de piedra superpuestos.

Estaban en la cumbre, había dicho Oguzeh. O sea, en la punta de la pirámide. Allá quería él reposar después de muerto, y eso le pareció bien a Brigitte, es decir, en modo alguno sorprendente. Pero… ¿esto era todo? ¿Oguzeh había construido la pirámide sólo para que su momia fuese instalada en aquel catafalco de blanco mármol y en diferentes pisos y galerías bajo él reposaran personajes ilustres de la Humanidad? ¿Eso era todo? ¿Por eso había sido muerto a balazos Weston Simms, que además se había estrellado contra el suelo…, para todavía poder decir, con su último aliento, que le dijeran a ella que no aceptara ir a la tumba?

Pues bien, ella ya estaba en la tumba, y no veía nada inquietante, así que… ¿se había referido Weston Simms a otra tumba, a otra cosa? Toda la magnificencia impresionante de la pirámide en su exterior se reflejaba también en su interior, con su luz poco usual, sus galerías amplias, sus bellos catafalcos, su silencio de paz eterna. Y esto era todo: galerías, cámaras mortuorias, catafalcos, luz esplendida. Esto era todo.

¿Había muerto el veterano agente de la CIA por esto?

—No resulta usted fácil de impresionar —dijo Oguzeh con reproche.

—Lo siento —lo miró dulcemente Brigitte—. Sí estoy impresionada, y precisamente tanto que no acierto a manifestarlo. Es un lugar… muy hermoso y lleno de serenidad, y pienso que lugares así deberían ser utilizados para vivir, no para morir.

—¡Qué ocurrencia tan extraordinaria! —exclamó Oguzeh—. ¡Éste no es lugar para los vivos, querida, sino para los muertos!

—¿Por qué?

Oguzeh se quedó mirándola fijamente, sin saber qué contestar. La divina espía sonrió, y el faraón de Arizona murmuró, con voz tensa:

—Ya ha transcurrido tiempo: ¿ha decidido si acepta ser mi esposa?

—Todavía no —rió Brigitte—. Antes me gustaría volver al mundo real y no sentirme… presionada ni impresionada por todo esto.

—De acuerdo —aceptó él—. Pero antes de salir permítame mostrarle todavía la última sorpresa.

Emprendieron el regreso, tomados del brazo. Brigitte se dio ahora perfectamente cuenta de que iban descendiendo, ya fuese por suaves rampas o por tramos de pulidos escalones, y llegó a la conclusión de que Oguzeh no la había estado engañando, sino que, en efecto, antes habían estado en muchas cámaras mortuorias, no en las mismas repetidamente…

Se encontró de sorpresa en una amplísima sala llena de sarcófagos.

—¡Cielos! —exclamó.

—¿Qué le parecen? —los señaló con gesto ufano Oguzeh—. Todos y cada uno de estos sarcófagos han sido construidos bajo mis

diseños y dirección personal. Algunos son de gran riqueza, y había pensado asignarle a usted uno de ésos, pero comprendo ahora que ninguno es digno de acoger su cuerpo, así que deberé construir uno especial.

Brigitte le dirigió una mirada de reojo, y no contestó. Había no menos de cien sarcófagos, todos colocados de pie y de espaldas a la pared, de modo que formaban un cuadrado completo. Era como estar rodeados de muertos en pie… Muertos petrificados, de ojos rodeados de pinturas de oro y plata y con jeroglíficos en sus costados. Oguzeh tomó de una mano a Brigitte, y la llevó ante uno de los sarcófagos, cuyo cuerpo tenía evidentemente forma de mujer, y cuyo rostro era de facciones delicadas y exóticas, teñidas del resplandor del oro; la amplia frente de la máscara y la dulzura del gesto de su boca correspondían también, sin duda alguna, a una mujer.

Y Brigitte supo que aquél era, o había sido hasta entonces, el sarcófago que Oguzeh había pensado asignarle. Lo supo incluso antes de que él lo dijera:

—Éste había de ser su sarcófago, Brigitte, pero ya no lo será. Le fabricaré uno más adecuado.

—¿En qué sentido, más adecuado? ¿Más grande, más bello, con más oro?

—Tendré que pensarlo. Pero le aseguro que será digno de usted, lo mismo por fuera que por dentro.

Oguzeh abrió el sarcófago, mostrando su interior forrado de seda blanca acolchada. Había estampados azules cuya tonalidad quería parecerse al color de los ojos de Brigitte, la cual dio un paso hacia atrás, exclamando:

—¡Qué horror!

—Sí —admitió el faraón—, ya le he dicho que no es digno de usted, pero lo diseñé cuando no la conocía personalmente. ¿Se encuentra bien?

—No demasiado —mintió Brigitte—. Estoy impresionada y ofuscada, y siento… que me falta un poco el aire. Desearía salir ya de aquí, por favor.

—Inmediatamente.

Oguzeh la guió hacía la salida, y no tardaron en llegar a la amplia antesala vacía, que se abrió merced a la acción de los

mandos del faraón. Brigitte tuvo la sensación de que la luz de cien mil soles explotaba en el hueco, y tuvo que protegerse los ojos con las manos durante unos segundos antes de poder distinguir el azul del cielo. Salieron de la pirámide, y Oguzeh la cerró, siempre por medio de su cajita de mandos electrónicos, dejando la hermosa construcción convertida de nuevo en una enorme masa de apariencia impenetrable.

Neil apareció ante ellos, informando que el helicóptero de la señorita Montfort estaba esperándola al otro lado de la alambrada, pues hacía rato que se había comunicado con ellos por medio del radioteléfono y había decidido permanecer allí. Brigitte se sorprendió cuando miró su relojito y vio la hora que era: había estado dentro de la pirámide más de tres horas, caminando sin parar por interminables galerías. Se volvió a mirar de nuevo la cumbre de la pirámide, pensativa, y tardó unos segundos en darse cuenta de que Oguzeh le había dicho algo y ahora la estaba mirando con sonriente curiosidad.

—¿Qué? —exclamó—. Perdone, estaba distraída…

—Me he dado cuenta, y comprendo su impresión. Bien, le decía que podemos despedir el helicóptero, pues me gustaría invitarla a mi casa no sólo a cenar, sino para todo el tiempo que…

—Se lo agradezco mucho —murmuró la espía—, pero tengo obligaciones ineludibles que atender esta noche. Lo llamaré mañana o pasado, en cuanto haya solucionado esos asuntos.

—Está bien. Espero que no traicione usted mi confianza contando que ha estado en el interior de la Pirámide y lo que ha visto en ella.

—Yo nunca traiciono a quienes depositan en mí su confianza, Oguzeh.

—Creo que me gusta más que me llame Raymond —murmuró el faraón, tendiéndole la mano—… Por favor, no tarde en ponerse en contacto conmigo de nuevo. Estaré esperando con impaciencia.

Brigitte aceptó la mano del faraón, y luego prefirió que uno de los Land Rover tripulado por hermosos jóvenes armados la llevase al lugar del desierto, cercano a las alambradas, donde aguardaba el helicóptero, cuyo piloto se apresuró a asomarse tendiéndole la mano para ayudarla a subir.

—¡Caray! —exclamó—. ¿Cómo se las ha arreglado para entrar

ahí dentro?

—De un modo muy sencillo: haciendo amistad con el faraón.

—¿Qué faraón? —Se pasmó el piloto.

Brigitte lo miró, sonrió, y volvió su azul mirada hacia la pirámide de Oguzeh, real y extraordinaria como pocas cosas había visto ella en la vida. Sin dejar de mirar la pirámide, murmuró:

—Volvamos a Phoenix.

# Capítulo V

El teléfono sonó, y Frank Minello se apresuró a atender la llamada.

—Sí, diga.

—Soy yo otra vez —dijo la voz del desconocido del portafolios—… He tomado una decisión, y le advierto que no aceptaré nada que no sea exactamente lo que he planeado.

—De acuerdo.

—¿Tiene usted el dinero?

—Ya le dije que sí.

—Muy bien. Entonces escuche bien y haga exactamente lo siguiente…

Las instrucciones fueron meticulosamente explicadas y aclaradas cuando Frankie no entendía bien algo. Por último, todo estuvo entendido, y el acuerdo cerrado, sin que Minello rechazara ni una sola de las condiciones. Al colgar el auricular quedó pensativo unos segundos, dubitativo: ¿llamaba o no llamaba a Brigitte para decirle cómo estaban las cosas? A fin de cuentas, sólo se trataba de ir a recoger un portafolios…

* * *

Ya había anochecido cuando llegó a Apache Junction, muy cerca de los límites de Tonto National Forest. Desde aquella encrucijada que juntaba las carreteras 60, 70, 30 y 89, otro tramo de carretera discurría hacia Florence Junction, sita esta localidad a unas quince millas… Siguiendo las instrucciones Frankie enfiló este tramo de carretera, y circuló por él sin perder de vista el cuentamillas; cuando éste le indicó que había recorrido exactamente siete millas, estacionó el coche en el arcén y apagó el motor y las luces. A cierta distancia frente a él y a la izquierda divisó una escasa iluminación

que sabía correspondía a la pequeña localidad llamada. Kings Ranch. Eso era todo. Eso y el maldito frío que iba a encontrar en cuanto saliera del coche, pues se hallaba a no menos de mil quinientos metros de altitud, cerca del Waevers Needle.

La idea de caminar media milla en la oscuridad, y con aquel frío no le hacía la menor gracia, pero ya había aceptado, y tenía que hacerlo. De modo que agarró el paquete que contenía el dinero, salió del coche, lo cerró, y comenzó a caminar, con el paquete bajo un brazo, el cuello del gabán subido y las manos en los bolsillos.

Volvió la cabeza un par dos veces, y terminó convenciéndose de que todo habían sido figuraciones suyas: nadie le había seguido. Se lo había parecido un par de veces, sobre todo cuando cruzó la localidad de Mesa, momentos en los que un Ford Granada estuvo por dos veces demasiado cerca de él…

Pero no. No había cuidado.

Siguió caminando por la oscura carretera, apartándose hacia la derecha cada vez que un coche aparecía en una u otra dirección, pues no deseaba ser visto. A veces uno todavía encuentra gente amable, que estropea las cosas sin querer.

Llevaba recorrida una buena distancia cuando se detuvo. Seguro que ya había caminado media milla, seguro. O más. Así que ahora tenía que esperar. Y no esperó mucho. Ni siquiera tres minutos. Por delante de él vio las luces de un coche, que se apagaron de pronto y volvieron a encenderse. Bueno, allá tenía al tipo del portafolios… Seguro que había pasado varias veces cerca de él, primero en una dirección y luego en otra, estudiándolo sin arriesgarse, simulando ir ora en dirección a Florence Junction ora en dirección a Apache Junction… Ahora traía la dirección de Florence Junction, naturalmente. Y ya no disimuló más. Detuvo el coche a unos cien metros de donde se hallaba Frank Minello, y de nuevo hizo señales con las luces. Minello dejó el paquete del dinero en el suelo al tiempo que el sujeto del coche lo iluminaba utilizando las luces largas del vehículo.

Tras dejar el dinero, Frankie dio la vuelta y emprendió el regreso hacia su coche. Ahora, si no le engañaba, el sujeto se iría acercando con su coche al lugar donde había dejado al dinero, lo recogería, y dejaría en su lugar el portafolios. Entonces daría la vuelta y se marcharía, y sólo entonces podría acercarse Minello a

recoger el portafolios, quedando sin posibilidad de seguir al sujeto, pues para disponer de su coche tendría que desandar aquella media milla…

Frankie se detuvo cuando las luces del coche del sujeto dejaron de iluminar su espalda, lo cual indicaba que había recogido el dinero, había dejado el portafolios en su lugar, y estaba empezando a dar la vuelta para alejarse. Se volvió, y, en efecto, vio el coche del otro dando la vuelta en la carretera, con rápida maniobra repetida. Por un momento calculó la posibilidad de echar a correr y llegar allá antes de que el sujeto hubiera terminado la maniobra, pero comprendió que no era posible: ya estaban lejos los tiempos en que él corría los cien metros en once segundos, muy lejos…

El coche apareció de repente.

Mejor dicho, aparecieran de repente las luces por detrás de Frank, y rugió el motor. Frank se volvió de nuevo en dirección a Apache Junction, y vio moverse las luces del coche que ahora saltaba a la carretera y salía disparado hacia donde estaba maniobrando el sujeto del portafolios. Metió la mano derecha bajo el gabán, en busca de la pistola, pero entonces le llegó desde la oscuridad, a su derecha, la seca orden:

—¡Quédese quieto o le vuelo los sesos!

Frank Minello quedó inmóvil. El coche pasó zumbando junto a él, mientras, en un instante, Frankie lo comprendía todo: realmente le habían seguido, y habían esperado el momento de intervenir. Era muy simple: habían localizado el lugar donde se hallaba instalado el teléfono cuyo número indicaba él en el anuncio, y habían cercado el lugar, tras averiguar quién ocupaba aquel apartamento. Y hasta era posible que le hubieran clavado en alguna ventana uno de esos dardos-micrófono de alta sensibilidad… Pero no. Esto no. No sabían lo que él había hablado dentro del apartamento, pues de haberlo sabido lo habrían cazado antes con comodidad y habrían acudido ellos en busca del sujeto del portafolios.

Estos pensamientos fueron como una imagen relampagueante en la mente de Frankie, tan rápidos, que ya se habían cumplido cuando todavía quedaba junto a él el resplandor del coche que acababa de pasar zumbando, con tres hombres en su interior.

—Venga hacia aquí —oyó la orden Frankie.

Se volvió, y sólo vio oscuridad. Pero en esta oscuridad brilló de

pronto un diminuto punto rojizo: el reflejo de las luces de atrás del coche que acababa de pasar sobre el acero de un arma. Y donde estaba el arma estaba el hombre, un hombre que ahora tampoco debía de estar viendo muy bien a Minello…

Éste ni se lo pensó: saltó hacia su derecha tirándose de costado al suelo, y, al mismo tiempo, sacaba la pistola y apuntaba hacia donde había visto el pequeño resplandor rojo. Oyó frente a él los dos apagados chasquidos de los disparos efectuados con silenciador, y por encima de su cabeza crujieron las dos balas rasgando el aire…

¡Pack, pack!, disparó también dos veces Frankie.

Oyó el bramido de dolor del sujeto, y enseguida el crujir de unos matorrales. Se puso en pie de un salto, y echó a correr en pos del coche. Sin dejar de correr captó perfectamente la escena que se desarrolló ante él en la carretera: vio los fogonazos de los disparos con silenciador, oyó el rechinar de los neumáticos, el estampido de cristales reventados, y vio el coche del sujeto del portafolios iluminado por las luces del otro saliendo de la carretera, rebotando, y yendo a estrellarse de frente contra un grueso árbol, con fuerte crujido y más rotura de cristales.

Le sorprendió no poco que de este coche saliera a toda prisa un hombre, al que alcanzó a ver un instante antes de que se metiese por entre los matorrales y los árboles que flanqueaban la carretera. Siempre corriendo, Minello vio detenerse el coche de los otros sujetos, y a éstos saliendo rápidamente, prestos a correr tras el fugitivo. Volvió a ver a éste un instante, atrapado de lleno por el haz de luz de una linterna, y en el momento de recibir un balazo que le arrancó un agudo grito de dolor y espanto. El sujeto desapareció en la oscuridad, y la luz de la linterna acuchilló la noche en su veloz giró hacia Minello, que se detuvo, apuntó un instante, y disparó precisamente hacia la linterna.

El trallazo de su disparo ahogó el grito de dolor del hombre que la manejaba, y que la tiró hacia el cielo mientras él caía de espaldas. Frank vio los fogonazos de varios disparos, oyó de nuevo el siniestro crujir de las balas cerca de él, y se tiró al suelo, rodando hacia el arcén y dispuesto a saltar a la cuneta y protegerse también entre los árboles…

Tuvo de pronto la sensación de que dentro de su cabeza estallaba un trueno horrísono, le pareció ver cien mil millones de

luces cegadoras, y de repente todo fue oscuridad y silencio.

* * *

Lo primero que vio al abrir les ojos fue un techo.

Bien. Un techo. Es decir, que estaba tendido boca arriba. Durante tres o cuatro segundos ésa fue toda la información que fue capaz de asimilar. De repente lo recordó todo, lanzó una exclamación, y se sentó velozmente, con una poderosa flexión.

Recibió tal andanada de dolor en la cabeza que palideció, cerró los ojos, y se llevó ambas manos a las sienes. Entonces percibió el contacto de las vendas que rodeaban la parte superior de su cabeza. Entre pinchazos de espantoso dolor lo recordó todo, aspiró hondo, y poco a poco se sobrepuso el dolor, y miró a su alrededor.

Sentado frente a él en un sillón, muy pálido y visiblemente atemorizado, vio un hombre de alrededor de cincuenta años, que le miraba como si fuese un fantasma. Detrás de este hombre había dos, de pie, mirándole fríamente. A la derecha, sentado en otro sillón, con el torso desnudo y vendado había otro hombre, que le contemplaba con profundo rencor. El último hombre que vio colocado en un rincón, tendido de cara al techo, tenía todo el pecho manchado de sangre, y estaba tan quieto y tan pálido que Frankie comprendió que estaba muerto. Él lo había matado. Era el hombre de la linterna. El otro herido, el del pecho vendado, era el que le había dado el alto la primera vez, y que, evidentemente, le había disparado luego por la espalda, acertándole en un lado de la cabeza.

Es decir, que había estado a milímetros de la muerte.

El hombre de cincuenta años, cuya ropa ahora pudo ver que estaba manchada de sangre, debía de ser el sujeto del portafolios.

Y los otros dos, los que se hallaban de pie mirándole fríamente, eran los que formaban el total del cuarteto que había viajado en el Ford Granada siguiéndole desde Phoenix.

Fue uno de éstos el que preguntó:

—¿Quién es usted? Le hemos registrado, y no lleva ninguna documentación. ¿Para quién trabaja?

—Soy periodista —murmuró Frankie.

—Déjese de idioteces. Usted es de la CIA. Han estado por aquí removiéndolo todo buscando alguna pista, y como no la

encontraban idearon este truco del anuncio en el periódico. Un truco que, todo hay que decirlo, debía habérsenos ocurrido antes a nosotros.

Minello asintió, y señaló con un gesto al hombre silencioso.

—Supongo que él es quien acudió a la cita conmigo.

—Sí. Se llama Hubbell Spencer, es oficinista, y vive cerca de donde el tipo anterior de la CIA consiguió el portafolios. Nos volvimos locos buscándolo, pero… ¿cómo habíamos de encontrarlo si el maldito compañero de usted lo había arrojado a la calle antes de que lo tirásemos nosotros a él a balazos?

—Ya les he dicho que soy de la prensa.

—Oh, sí, claro. Y ahora nos dirá que se le ocurrió a usted solito todo lo siguiente: poner el anuncio, reunir veinticinco mil dólares, investigar la muerte de un agente de la CIA…, y acudir armado a la cita con el amigo Spencer. ¿Por qué no nos explica ahora un cuento de chinos?

—¿Y quién demonios son ustedes? —masculló Frank.

—Escuche, amigo —intervino el otro tipo que estaba de pie tras el sujeto del portafolios—, esto no es una película, sino una realidad, así que deje de hacer comedia, ¿de acuerdo? Nosotros preguntamos, usted contesta, y eso es todo. ¿Comprendido?

—¿Y qué pasará después de que yo haya contestado a sus preguntas?

—Buscaremos el modo de que todo termine bien para todos.

—Ya. Me parece que ahora son ustedes quienes creen que esto es una película, y que yo soy el héroe tonto fácil de engañar.

—Le iría mejor dejándose engañar; si nos ponemos a las malas llorará lágrimas de sangre. No sea estúpido y acepte las cosas tal como están, es decir, sea dócil y comunicativo y se irá al otro mundo sin excesivo sufrimiento.

—Ellos tienen razón, Frankie —sonó una voz suave y bien timbrada—: hay que saber aceptar las cosas tal como están.

Hubo diferentes reacciones cuando sonó la suave voz femenina. Frankie lanzó una exclamación de alegría; el sujeto llamado Hubbell Spencer respingó; y los otros tres, aunque con ligeros matices de diferencia, reaccionaron del mismo modo, es decir, encarándose todos hacia la puerta del salón, donde había aparecido la mujer.

Una mujer de largos cabellos negros, ojos azules, estatura

aventajada, cuerpo espléndido…, y que tenía en la mano derecha una pequeña pistola con la que disparó sin vacilaciones y sin contemplaciones, sólo dos veces.

Una de ellas, contra uno de los sujetos que permanecían en pie detrás del sillón de Hubbell Spencer, acertándole en el centro de la frente y matándolo en el acto cuando el hombre se disponía a disparar contra ella. La segunda bala destrozó la mano armada del segundo sujeto, que lanzó un chillido al perder la pistola, dos dedos y gruesos goterones de sangre que salpicaron su rostro y sus ropas. Sin transición, la recién aparecida apuntó su arma al herido compañero de los otros dos, que se quedó como petrificado, con la mano derecha tocando la culata de la pistola que llevaba metida en el cinturón.

—Piénselo bien —susurró la implacable tiradora.

El hombre miró a su compañero muerto en el suelo, al recién herido que sostenía la mano en alto sometiéndola a un espectacular chorreo de sangre, y luego miró de nuevo a Brigitte Montfort, se pasó la lengua por los labios, y terminó por retirar lentamente la mano de la culata de su arma.

Minello no esperó más: se apresuró a quitarle la pistola al hombre y a recoger las otras armas. De un bofetón escalofriante dejó sentado en el suelo al de la mano herida, y acto seguido se llevó la mano a la cabeza.

—¡Me duele como nunca en la vida! —aulló.

—No te distraigas —dijo Brigitte.

Dio la vuelta y abandonó la sala. Salió de la casa, y fue adonde había dejado el coche, del cual recogió el maletín rojo con florecillas azules estampadas. Cuando volvió a entrar en la solitaria casa rodeada de arbolado, Frankie controlaba la situación. Había ahora dos muertos tendidos boca arriba en un rincón, y los dos heridos se hallaban sentados juntos en el sofá.

—¿Cómo me has encontrado? —se interesó Frankie, casi indignado—. ¡Quería hacerlo todo yo solo, por eso no te llamé!

—Frankie, te conozco hace demasiado tiempo para pasar esos detalles por alto, de modo que llevas en el coche un emisor de señales que me permite en todo momento localizarte. Yo misma te lo puse. Así que cuando, camino de Phoenix, te llamé por la radio y no me contestaste, puse en marcha el receptor de señales… Por

suerte para ti, estos hombres decidieron recoger tu coche y traerlo a su escondrijo. Si lo hubieran dejado en cualquier sitio no habría podido encontrarte…, y ahora estarías muerto o a punto de morir. Tómate esta gragea, siéntate, y permanece callado un rato.

Mientras hablaba, Brigitte había abierto su maletín, del cual sacó un frasco del que a su vez extrajo la gragea que tiró a las manos de Minello. Éste soltó un gruñido, se tragó la gragea, se sentó en un sillón, y cerró los ojos.

Brigitte se desentendió de él, y dedicó su atención a los dos hombres heridos, que la contemplaban no muy convencidos de que tuvieran que someterse al control por parte de una mujer.

—Ustedes dos parecen listos, y ya que tan buenos consejos daban a mi amigo sin duda sabrán seguirlos, así que hablemos. Yo pregunto y ustedes contestan. ¿Conocían a Weston Simms? Estoy segura de que saben de quién les hablo. ¿Lo conocían, tuvieron algo que ver con su muerte?

Los dos hombres continuaron mirando a Brigitte, permaneciendo en silencio. La espía alzó las cejas, como sorprendida. Sin más, se dirigió al atribulado y cada vez más desfalleciente Hubbell Spencer.

—No quiero molestar a mi amigo, así que sea tan amable de hablar usted. ¿Forma parte de esto de algún modo, se las está dando de listo haciendo creer que es enemigo de éstos pero en realidad todo es una trampa y eso que parece sangre en su ropa es jugo de tomate?

Al hombre casi se le salían los ojos de las órbitas, y no consiguió serenarse lo suficiente para contentar, con lo que se ganó una sorprendente y encantadora sonrisa por parte de la espía, que asintió como dándose por enterada de todo. En veloz recorrido por la sala, su mirada pareció fotografiar el portafolios que había quedado sobre una repisa junto a la chimenea. Se acercó, lo cogió, y lo abrió, echando un vistazo al contenido: todo parecían planos. Miró de nuevo a Spencer.

—¿Éste es el portafolios que cayó a sus pies?

El hombre asintió.

Brigitte fue a colocar el portafolios sobre la mesita de centro, se guardó la pistolita en el escote, y sacó todos los planos, que fue examinando con interés…, mientras los dos heridos la miraban a ella sin creer que pudiera haber en el mundo alguien tan tonto

como aquella mujer, que les estaba dando todas las facilidades para atacarla y sorprenderla.

—Son de la pirámide, ¿no es cierto? —murmuró Brigitte, mirando con fijeza a Spencer.

—¿Qué…? ¿De… de qué pirámide…?

Los dos hombres heridos parecieron ponerse de acuerdo telepáticamente, y ambos atacaron a Brigitte a la vez, saltando de sus asientos convencidos de que incluso estando en malas condiciones físicas podrían vencer a la descuidada dama de los ojos azules.

El primero de ellos recibió en plenos testículos un punterazo que casi lo mató, derribándolo encogido como si quisiera meterse dentro de sí mismo. El segundo encajó en plena nariz el escalofriante *tsuki* de karate, que le hizo papilla el hueso y le arrancó un surtidor de sangre espantoso, que cayó tras él al suelo como una lluvia siniestra. A punto de desmayarse de puro espanto Hubbell Spencer miraba a Brigitte como quien contempla lo más absolutamente fascinante e increíble. La espía se acercó a él, le quitó la billetera, y leyó su documentación. Se la devolvió, le examinó un instante la herida de la espalda, y dijo:

—Ahí fuera está el coche de esta gente, señor Hubbell. Salga de aquí, márchese a su casa, y no salga de ella hasta que un médico amigo nuestro que acudirá a atenderle la herida le autorice. Y ni una palabra de esto absolutamente a nadie. ¿Tiene alguna duda?

—No… No… No…

—¿Podrá conducir?

—Sí, sí.

—Pues adiós. No se deje su dinero.

El hombre dirigió una mirada al paquete que contenía los veinticinco mil dólares, y que estaba en la misma repisa donde había estada el portafolios. Parecía no creer en su buena suerte. Se acercó al dinero, lo cogió, miró a Brigitte como si temiera que ésta fuera a echarse a reír burlándose de él, y luego, lentamente, se encaminó hacia la puerta, por la cual desapareció finalmente corriendo.

—Ese pobre hombre —dijo Minello, todavía con los ojos cerrados— se ha llevado el gran susto de su vida, pero muchos quisieran sustos a veinticinco mil dólares.

—¿Te encuentras mejor?

—Esos fármacos que te proporciona la CIA son formidables.

—No son propiamente fármacos, Frankie, sino auténticas drogas, a las que en ocasiones no he tenido más remedio que recurrir para afrontar situaciones difíciles. ¿Has sacado algo en claro de esta gente?

—No.

—Bueno, son un par de cretinos, paro espero que ya habrán comprendido que yo tampoco estoy tomando parte en una película. Acércate: voy a quitarte ese horrible vendaje, y te pondré uno de mis apósitos especiales.

Quince minutos más tarde, cuando los dos heridos estuvieron en condiciones de afrontar de nuevo la situación, el aspecto de Minello había mejorado mucho…, y la dicha situación había cambiado del todo. Una mirada a la mujer que les contemplaba inexpresivamente les convenció de que prolongar la fricción a las malas sólo iba a perjudicarlos todavía más, así que se apresuraron a contestar cuando ella comenzó a preguntar.

—¿Tuvieron ustedes algo que ver con la muerte de Weston Simms?

—Bueno, él… él mató a uno de los nuestros, que tuvimos que retirar del tejado, y limpiarlo todo…

—Mi pregunta no era ésa. —Brigitte miró las dos documentaciones, de las que se había apoderado—. Ustedes dos, Phipps y Wardrave, me están impacientando. ¿Tuvieron algo que ver con la muerte de Simms?

Wardrave, que era el herido en la mano, señaló al que tenía el torso vendado, y luego a uno de los muertos.

—Ellos dos y el que murió en el tejado fueron los que le persiguieron.

La gélida mirada de Brigitte se clavó en Phipps.

—¿Por qué lo perseguían exactamente? —susurró.

—Le descubrimos cuando uno de los arquitectos de la pirámide le entregaba el portafolios. Disparamos al arquitecto, que cayó al suelo, pero el agente de la CIA escapó con el portafolios… Se metió en un edificio, y subió al tejado, fue saltando de un edificio a otro… ¡Teníamos que recuperar el portafolios!

—¿Quién se lo había ordenado así? ¿El señor Chalmerton?

—¿El señor…? ¡Claro que no! Fue Hatterby. Neil Hatterby. Nosotros obedecemos órdenes de él.

Brigitte recordó al apuesto y adorable Neil, y sus labios se apretaron un instante en una mueca que no presagiaba nada bueno.

—Según yo entiendo, el portafolios contiene los planos de la pirámide —dijo—. ¿Qué interés podía tener esto para la CIA, y cómo se puso ese arquitecto en contacto con Weston Simms?

—No lo sabemos.

—He visto los nombres de varias personas firmando esos planos… ¿Cuál de esas personas es el arquitecto en cuestión, cómo se llama?

—Ernest Wardock. Hatterby sospechaba de él, nos dijo que lo vigilásemos, y así lo hicimos. Él vino a Phoenix, se encontró con el agente de la CIA, y le entregó el portafolios. Nosotros creemos que Wardock se las arregló para citar allí al agente de la CIA.

—¿Y a cambio de qué le entregó el portafolios?

—No encontramos nada que Simms hubiera llevado a la cita.

—¿Y dónde está ahora el arquitecto Ernest Wardock?

—No lo sabemos. Escapó herido, dejando un rastro de sangre, pero no hemos conseguido recuperar su pista por más que hemos buscado.

—En definitiva, fueron tres de ustedes los que siguiendo a Ernest Wardock localizaron a Weston Simms, le hirieron, le persiguieron por los tejados, y finalmente lo mataron y él cayó a la calle. Y de los tres solamente queda vivo usted, Phipps.

—Sí —murmuró éste.

—Arreglaremos eso —dijo la espía más implacable del mundo.

Apuntó a la frente de Ronald Phipps con su pequeña pistola de cachas de madreperla y apretó el gatillo.

# Capítulo VI

Tan sólo veinticuatro horas más tarde la señorita Montfort se había convertido una vez más en el centro de acción de la Central Intelligence Agency. Instalada en un magnífico chalé con piscina ubicado al sur de Palo Verde, con vistas a las Maricopa Mountain, dirigía con su habituad eficacia toda una red de agentes de la CIA que la Central había puesto inmediatamente a su disposición, sin preguntas ni condiciones. Si Baby pedía veinte hombres, le facilitaban veinte hombres; si hubiera pedido un portaaviones le habrían llevado un portaaviones a Palo Verde, fuese como fuese. Sin embargo, lo que Baby había pedido a sus Simones era bastante más fácil que trasladar un portaaviones a tierra firme: ¿quién era y dónde estaba el arquitecto llamado Ernest Wardock?

¿Quién era y qué se sabía del hombre que ahora parecía algo así como el chambelán de la casa de Raymond D. Chalmerton y que utilizaba el nombre de Neil Hatterby?

La radio funcionaba con mucha frecuencia pasando informaciones que la espía internacional iba resumiendo, hasta que finalmente, apenas un día más tarde de haber vengado a su «Simón» Weston Simms, había reunido la suficiente para tomar decisiones.

Ernest Wardock era, en efecto, un arquitecto, residente en Sacramento, California, que un par de años atrás había sido misteriosamente contratado para trabajar en otro estado, apareciendo por su casa sólo los finales de semana, y no todos. Casado, con dos hijos, ambos varones, de nueve y once años. Desde hacía algo más de un mes la señora Wardock y sus hijos habían desaparecido de su casa, y los vecinos y amigos, que no habían sido avisados de la ausencia, creían que estaban con Ernest Wardock pasando una temporada. Pero el hecho cierto era que no había en parte alguna el menor rastro de Ernest Wardock ni de ningún miembro de su familia.

Neil Hatterby, treinta y dos años, natural de la ciudad de Denver, Colorado, soltero, ex infante de Marina, sin antecedentes delictivos de ninguna clase, había sido, hasta hacía poco más de tres años, un experto en instalaciones electrónicas. Atleta de competición en sus más jóvenes años, cinturón negro de judo y de karate poco después, aficionado a las carreras automovilísticas y al vuelo sin motor, aventurero nato, hombre de gran vitalidad y gusto por la vida. Procedía de una familia tan humilde que ni siquiera había podido costearle la estancia en una universidad. Nada que reprocharle en ningún sentido, ni siquiera una multa de tráfico, una bronca, nada.

Al chalé desde el cual Baby movía los hilos de la investigación habían llegado, también, cómo no, tres arquitectos enviados por la Central de la CIA, que estuvieron varias horas examinando los planos encontrados dentro del portafolios antes de dar su veredicto: eran los planos de una pirámide.

—Eso ya lo sabía yo —protestó Brigitte.

—Pues no podemos decirle otra cosa —replicó uno de los arquitectos.

—Lo que ella quiere decir —intervino Minello, que lo estaba pasando en grande, disfrutando como siempre que estaba junto a Brigitte en momentos en que ésta movía a la CIA— es que esa pirámide debe de tener algo especial. Algo especialmente especial.

—No tiene nada especialmente especial, salvo lo poco usual de que alguien construya una pirámide en nuestros días.

—Escuchen —les apuntó Frankie con un dedo—, si ella dice que esos planos deben de contener algo especial es que contienen algo especial… que ustedes no saben ver. ¿Está esto claro? ¡De modo que sigan estudiando esos malditos planos!

—A nosotros no nos gusta perder el tiempo.

—¡Pues lo están perdiendo ahora!

—Tranquilízate, Frankie —intervino Brigitte, que había escuchado en silencio la discusión—. Y a ustedes, señores, muchas gracias por su colaboración. Pueden marcharse. Y gracias de nuevo.

Los arquitectos se marcharon. Los agentes de la CIA jefes de grupo que esperaban poder entrar en acción miraban en silencio a Baby esperando sus instrucciones. La espía se sentó en un sillón, estuvo unos segundos mirando y remirando los planos, y finalmente

murmuró:

—Weston Simms se jugó la vida por estos planos, Frankie. Y la perdió. Pero no sólo eso, sino que un instante antas de morir me envió un recado: que no aceptase ir a la tumba. Pues bien, sintiéndolo mucho, creo que no debo complacerlo… ¿Sí, qué ocurre?

El interrogante lo dirigió Brigitte a otro agente de la CIA, uno de los encargados de la radio, que apareció en aquel momento en el salón, con gestos apresurados y expresión de triunfo.

—Hemos encontrado una pista inesperada: Weston Simms y el arquitecto Ernest Wardock fueron a la misma universidad, en California.

—Es decir, que eran amigos de juventud —murmuró Brigitte—. Luego, como sucede con tanta frecuencia, cada cual sigue su camino, así que dejaron de verse. Pero debían de seguir en contacto de algún modo, y Wardock sabía que Simms había recalado en la CIA. Y cuando supo algo que estaba dentro de la línea de interés de la CIA avisó a su viejo amigo Weston Simms.

—Pero… ¿por qué en secreto, por qué a escondidas? —preguntó Frankie.

—Porque Wardock estaba asustado, no quería que su nombre apareciese en parte alguna, y menos en una denuncia formal, así que recurrió a su compinche de los tiempos juveniles, en quien debía de confiar plenamente.

Citó a Simms, le entregó el portafolios con los planos, le dijo que no lo mezclara en las futuras acciones o gestiones de la CIA… y entonces aparecieron los hombres que obedecían órdenes de Neil Hatterby.

—O sea, que todo insiste en señalar los planos de la pirámide como muy significativos en este asunto.

—Así parece, Frankie.

—Bueno, yo creo que tenemos suficiente para ir al palacio del faraón Oguzeh y pedirle explicaciones. A él y a su secretario de lujo, claro.

—Todavía no. Déjame pensar durante esta noche.

—¿Pensar? ¿En qué?

—En qué pudo decirle Ernest Wardock a su amigo Weston Simms cuando le entregó los planos de la pirámide de Oguzeh.

Mientras tanto, quizá las investigaciones en torno a Simms, Wardock, Hatterby, y el propio Chalmerton nos proporcionen alguna pista o clave que nos permitan comprender la verdad. Estoy tan cansada que ni siquiera deseo cenar… Buenas noches a todos.

* * *

Tal como había imaginado, desnuda aparecía absolutamente esplendida.

Era sin lugar a dudas la mujer más hermosa que había conocido en su larga vida de placeres. Había tenido tantas mujeres que había llegado a aburrirlas, llegando incluso a tener pensamientos de índole homosexual… Pero la aparición de Brigitte Montfort en su vida lo había cambiado todo. Parecía absurdo que un hombre como él, un faraón, casi un dios, pudiera darle tanta importancia a una mujer, pero así era.

La amaba.

Se había enamorado sincera y apasionadamente de ella.

Y esto había cambiado sus planes. Ahora no podría quedarse solo en su cámara mortuoria, ahora quería tenerla a ella, necesitaría tenerla a ella junto a él hasta que el tiempo también muriese, y no quedase ni rastro de las vidas de ellos ni de la vida misma. Brigitte sería su faraona, estaría con él para toda la eternidad factible. Pero ya no la llamaría más Brigitte, había que buscarle un nombre adecuado, un nombre propio de ella, un nombre de faraona, de diosa…

Al mismo tiempo, tenía que ser un nombre, que no relegase al olvido el encanto del suyo propio. Tenía que ser un nombre que se pareciese en cierto modo al actual… Brigititi… No, no. Neferbritte… Neferbritte. Sí, esto sonaba mejor. ¿O quizá Neferbrigitte? La diosa Neferbrigitte. Sí, decididamente: diosa Neferbritte.

Él, el faraón Oguzeh, tenía una mente tan clara, una imaginación tan vivaz y expresiva, que ya se lo imaginaba todo, tal como sucedería…

Estaban llegando los invitados, y él y Neferbrigitte los recibían en el gran vestíbulo de la base de la pirámide, ambos ataviados con vaporosas túnicas de blancura que sólo podía ser celestial, sin

adorno alguno. Túnicas de dulce tejido que parecían acariciar sus cuerpos, especialmente, el de Neferbrigitte; destacaban en la suave tela los deliciosos, maravillosos pezones de su amada, como una obra de arte jamás imaginada, jamás imitada… Incluso los invitados regios no podían evitar una mirada a los pechos de Neferbrigitte, a sus pezones sugeridos bajo la tela.

El primero en llegar, era, naturalmente, el presidente de los Estados Unidos, el señor Ronald Reagan, acompañado de su esposa. Aunque, claro está, su esposa tendría que quedarse fuera de la gran pirámide, y, en todo caso, cuando le llegara el momento sería sepultada en una de las tres pirámides pequeñas que separaban la grande de la necrópolis destinada a personajes de menor importancia.

El primero, Ronald Reagan, que le decía:

—Oguzeh, es un placer conocerle. Nancy y yo esperábamos ansiosos el momento de visitar su pirámide y disfrutar de la personalidad de usted. Muchísimas gracias por enviarnos la invitación.

—Comprendo su placer, señor presidente, pues nada igual volverá a sucederles en la vida a usted y a su esposa. Permítame presentarle a la mía, la diosa Neferbrigitte, con la que he contraído nupcias recientemente.

—Le felicito y le envidio, faraón Oguzeh. Neferbrigitte ha sido siempre el sueño en la vida de todo hombre, y claro está, es natural que sea usted quien la haya conseguido. Le envidio.

—Ronnie —intervino Nancy Reagan—, es muy descortés por tu parte repetir tanto que envidias al faraón. Tal parece como si yo no estuviese presente, o como si me despreciaras después de conocer a Neferbrigitte.

—Y así es, querida. No querrás compararte a ella, ¿verdad?

—¡Ronnie, no seas cruel!

—Cállate, vieja cotorra —dijo displicentemente el faraón Oguzeh—, o echaré tu cuerpo todavía vivo a mis cocodrilos del sagrado Nilo.

La vieja cotorra protestaba airadamente, pero el señor Reagan la apartaba de allí dando bruscos tirones de su esquelético brazo. Entonces aparecía el rey de España, Juan Carlos I, sonriente.

—Señor Chalmerton… —empezaba a saludar.

—Cierra la boca, enano —cortaba secamente el faraón Oguzeh —, hasta que aprendas a utilizarla. Aquí no hay ningún señor Chalmerton, aquí estamos el faraón Oguzeh y su esposa, la diosa Neferbrigitte. Humíllate ante nosotros. ¡De rodillas, siervo! Y que también se arrodille la sierva que te acompaña.

¡Ah, qué grandioso placer cuando el rey español se arrodillaba ante él, y la reina hacía lo mismo! Ni se le ocurría que hubieran podido negarse, naturalmente, pero el placer era tan grande… y ya le aburría, viéndolo allí de rodillas, con la cabeza inclinada, así que ordenaba a sus siervos:

—Lleváoslos de aquí. Y que pase el siguiente.

Entró entonces Margaret Tatcher, la Dama de Hierro, como la conocían en todo el mundo. Conque la Dama de Hierro, ¿eh? Bueno, él le iba a dar una buena lección a aquella plebeya de mala catadura que había tenido la osadía de ocupar el puesto de Primer Ministro en el Reino Unido. ¿Cómo se atrevía una mujer, que además tenía dientes de caballo, a ponerse al frente de un gobierno?

—Rapadle el cabello y dejadla sujeta a la pirámide hasta que el sol la derrita como si fuese de cera —ordenaba—. Pero antes, obligadla a besar los pies de Neferbrigitte.

—Ah, no, ¡qué asco! —exclamaba Neferbrigitte—. No, por favor, amor mío, no me obligues a soportar semejante asquerosidad.

—Claro que no, Diosa del Sol. Llevaos a esta hembra pestilente.

Margaret Tatcher era retirada fuera de la pirámide, mientras los demás personajes, guardando turno en una larga cola, iban acercándose a su turno de ser recibidos personalmente por el faraón Oguzeh, que a medida que los saludaba y los obligaba rendir pleitesía a Neferbrigitte los iba distribuyendo por las distintas cámaras mortuorias, a las cuales eran conducidos por esclavos del Alto Nilo, de rubias caras tensas y ojos de noche egipcia.

Personaje tras personaje fueron llegando ante Oguzeh y su faraona, personaje tras personaje fueron llevados cada cual a la cámara en la que él ya había previsto su estancia.

Su breve estancia en vida, pues muy pronto todos morirían, conforme a sus previsiones…

Pero cada cosa a su tiempo.

Primero había que hacer algunas cosas, y hacerlas bien, así que

se dirigió a su propia cámara, por supuesto acompañado de Neferbrigitte, en la cual ambos se encerraron herméticamente. Entonces, él, utilizando su caja de mandos electrónicos, dejó al descubierto el panel de mandos que había en una de las paredes, y puso en marcha la media docena de pantallas de televisión que podían recoger alternativamente las imágenes en todas las cámaras mortuorias de la más sensacional pirámide que se pudiera haber pensado jamás.

Y recurrió al sistema de altavoces ultrasecretos para impartir sus órdenes.

—Atiendan todos bien. Cada cual debe cargar con un sarcófago de los que encontrarán en la gran sala, y llevarlo a su cámara mortuoria. Una vez aquí, coloquen sus sarcófagos en los lugares que ya encontrarán nominados, para que no haya discusiones, y una vez esté cada sarcófago en su sitio, ocupen cada cual su sarcófago y dispónganse a morir lentamente y en paz. No sufrirán, porque el gas que pronto se esparcirá por toda la pirámide es dulce e indoloro, no provoca efectos de ninguna clase, salvo la muerte lenta y dulce. Obedezcan mis órdenes o todo será peor.

Dicho esto, apagaba todos los mandos, y se volvía hacia Neferbrigitte, que de pie tras él le contemplaba admirativamente.

—Todo cuanto tú hagas bien hecho estará, mi señor —le decía ella—, pero quisiera saber exactamente qué es lo que estás haciendo y por qué.

—Es llegado el momento en que lo sepas —asentía él, acercándose, y poniéndole las manos sobre los hombros de tierno tacto—: mi primera intención cuando comencé a construir la pirámide fue, efectivamente, proporcionar a los Estados Unidos un monumento insólito y que demostrase a las generaciones venideras, o quizás a nuevas razas, que en esta parte del mundo había habido seres tan excepcionales como en Egipto y Centro y Sur América, y deseaba, realmente, que a su debido tiempo la pirámide se convirtiese en un monumento a mi memoria en el cual estarían sepultados, también, otros grandes hombres de todo el planeta: científicos, artistas, pensadores, políticos… La pirámide de Oguzeh llegaría así a ser más famosa que las de Egipto, no sólo porque en ella estaría descansando embalsamado el propio Oguzeh, sino las mayores celebridades del mundo actual que fuesen falleciendo, pero

algo inesperado y terrible ha ocurrido, reina mía.

—¿Terrible? ¿Quieres decir algo… malo?

—Lamentablemente, así es. Mis médicos han encontrado por fin la causa de todos mis males, de esos horrendos dolores de cabeza que se extendían por todo el cuerpo como relámpagos del mal… Tengo un tumor inoperable, reina mía, y eso significa que voy a morir mucho antes de lo que sería previsible. Los astros me habían augurado una vida no inferior a los ciento diecisiete años, pero el destino se ha enfrentado a los astros, y, como todos los elegidos, me retiraré del mundo en plena juventud, cuando todavía podría hacer tantas y tantas cosas.

—¡Cuánto lo siento, amor mío!

—Y yo. Pero así es el destino, y es de locos no aceptarlo, puesto que se ha de cumplir, inexorablemente. Ahora bien, no puedo marcharme de este mundo dejando en él vivos a personajes de privilegio que, con menos merecimiento que yo, seguirían disfrutando de la vida y del talento de sus mentes, así que todos ellos me acompañarán: unos por su posición de privilegio social, otros por su talento, otros por su riqueza, otros por su gracia personal…, pero todos vendrán conmigo al Reino de la Muerte, pues no sería justo que yo me marchara y ellos se quedaran. Así pues, he dispuesto las cosas de otro modo en la pirámide. En primer lugar, cuando yo oprima determinado botón, quedará herméticamente cerrada para siempre, y ni siquiera los medios más violentos conocidos actualmente podrían abrirla; todo lo más, la violencia provocaría la explosión de las cargas que he ordenado colocar en la base de la pirámide, en un compartimiento subterráneo secreto, y que la lanzaría a cientos de metros de altura, convertida en arena, en polvo. Pero confiemos en que nadie provoque esa explosión, que se oiría en todo el planeta; confiemos en que, sencillamente, acepten que la pirámide quede sellada para siempre conteniendo los cadáveres de las más ilustres e importantes personalidades que podían encontrarse en el mundo en el momento de mi muerte. Y es por esto que las he invitado a la inauguración de la pirámide, inauguración que es al mismo tiempo clausura, pues ahora ya estamos aquí para siempre, todos van a morir por efectos del gas, y nosotros dos, últimos supervivientes de la elite mundial estamos en la cumbre de la pirámide, en nuestra cámara nupcial y

mortal, con la elite del mundo muriendo debajo de nosotros mientras nosotros iremos muriendo lentamente de amor. Nos amaremos tanto que ni siquiera nos daremos cuenta de que morimos.

—¡Qué hermoso es todo lo que dices, rey mío!

—Más hermosa eres tú, reina de la pirámide de Oguzeh, faraona de la Gran Tumba de la Élite del mundo. Jamás nos olvidarán, pues al marcharnos nos llevamos a los más importantes personajes, del mundo. Y ahora, mientras ellos se acomodan para esperar la muerte, tú y yo vamos a comenzar a amarnos… para toda la eternidad, que transcurrirá para nosotros en esta maravillosa tumba, en la pirámide de Oguzeh.

Diciendo esto, Oguzeh deslizaba el escote de la túnica hacia el borde de los hombros de Neferbrigitte, y la ropa caía delicadamente al suelo, en torno a los preciosos pies de la faraona, la cual salía del sedoso cerco y se abrazaba al cuello de Oguzeh, susurrando:

—Ámame como espero de ti, ámame como merece la virginidad que he conservado a la espera de que llegase este momento. Ámame más allá de la muerte.

—Así será, reina mía.

Oguzeh llevaba en brazos a Neferbrigitte a su propio sarcófago, donde la colocaba con gran cuidado, sobre la roja seda que lo forraba, y en la cual destacaba como oro y sol la piel de la faraona, cuyo rostro arrebolado por el deseo no podía ser más delicioso, ni más dulce la expresión, ni más pura y diáfana su mirada, ni más cándida la forma de su frente despejada… Su cuerpo maravilloso era como la más perfecta y selecta joya del mundo en su estuche más adecuado.

La Joya para el faraón Oguzeh, que se despojó a su vez de la túnica, y se alzó también hasta el catafalco donde descansaba el sarcófago. Se deslizó al interior de éste, quedando sobre el cuerpo tibio, mullido y palpitante que se le ofrecía con toda la pasión de la virginidad ansiosa.

—Para siempre tuya —susurraba Neferbrigitte.

—Mía y de la muerte —susurraba el faraón Oguzeh.

Y entonces, lentamente, la penetraba. Ella suspiraba, gemía, parecía retorcerse, vibraba, palpitaba, parecía explotar en cada gesto, y pronto le llegó el primer orgasmo de intenso amor, y luego

otro, y otro, y otro…

Y sobre ella, amándola con una intensidad que jamás había tan siquiera imaginado, el faraón Oguzeh seguía amándola vez tras vez, penetrándola deliciosa e ininterrumpidamente, como si ni él ni ella tuviesen principio ni fin. Era todo tan delicioso que…

Despertó bruscamente, y se sentó en la cama con un gesto violento que pareció provocar aquella ya conocida explosión dentro de su cabeza, a la cual se llevó las manos en un estremecido gesto de impotente dolor.

—Dios… —jadeó.

Estuvo así unos segados, pensando vagamente que él no podía ni debía recurrir a Dios. A ningún dios, pues él mismo era un dios, era el faraón Oguzeh, un ser divino, exacta e indiscutiblemente un dios.

Pero un dios al que le dolía horriblemente la cabeza. Tanteó en busca del interruptor de la lamparita de noche, cuya luz encendió. Todavía latía en su mente, y hasta parecía que en todo su cuerpo, el sueño que acababa de tener, y en el que tan intensamente, tan deliciosamente, participaba Brigitte… Es decir, Neferbrigitte, su reina, su faraona.

Raymond Dwight Chalmerton sonrió al pensar esto. Sí, su faraona, con la que había soñado aquel grandioso placer. Tan grandioso que comprobó que en la realidad había tenido una polución, tan intensa y verdadera fue la sensación de estar haciendo el amor con Brigitte Montfort.

Pero la realidad era que se hallaba solo en su lecho. En su lecho de su palacio construido en las proximidades de la pirámide. En su lecho solitario. Y otra horrible realidad era aquel dolor de cabeza, que cada vez le acometía con más frecuencia y cada vez más dolorosamente, hasta el punto de que creía morir de dolor y llegar al reino de la locura. Las horribles realidades de la vida de Raymond D. Chalmerton, el faraón Oguzeh, que salió de su lecho, fue al suntuoso y exótico cuarto de baño decorado con palmeras y esculturas de pirámides, y del botiquín escondido tras el espejo sacó una de las píldoras que solucionaban momentáneamente el problema, y la ingirió en seco.

Tan sólo un minuto más tarde el horrible dolor había desaparecido, y Oguzeh, de pie ante el grandioso espejo, se contemplaba, desnudo y perfecto, pero cubierto todo su cuerpo de

sudor; de sudor de dolor, de sudor de angustia, de sudor precursor de la muerte.

Estaba tan pálido que ya parecía una momia, un cadáver embalsamado.

—A ella también la tendré —se dijo a sí mismo contemplándose en el espejo—… Haré que todo suceda no sólo como ya lo tenía planeado, sino como en el sueño: todos morirán por el gas mientras yo muero sin dolor amando hasta la muerte a Neferbrigitte…

# Capítulo VII

Las noticias seguían llegando al chalé donde Brigitte y Frankie se habían instalado. A las siete de la mañana llegó la referente a Ernest Wardock, el arquitecto: éste y su familia habían sido encontrados en un pueblecito mejicano al sur de Acapulco, donde un agente de la CIA ya había conversado con él en primera instancia. ¿Quería Baby que Wardock fuese trasladado inmediatamente al chalé para ser interrogado por ella? La respuesta de la reina del espionaje no pudo ser más concisa y consecuente:

—No, a menos que él tenga algo que decirme que no sepamos.

La respuesta de Ernest Wardock también fue consecuente: él había escapado con las copias de los planos porque sabía que bajo la dirección de Neil Hatterby había muchas cosas que se estaban cambiando en la pirámide, empezando por la desconcertante instalación de un sofisticado sistema electrónico y la construcción de un inmenso sótano que no constaba en los planos, ni del que jamás se había hablado. No, no sabía para qué quería Chalmerton aquel sótano.

—Ese hombre debería venir aquí, Brigitte, para explicarlo todo sobre los planos —dijo Frankie.

—Tienes razón.

La orden fue dada, y los preparativos para el traslado discreto de Ernest Wardock iniciados inmediatamente. Se esperaba su llegada al chalé poco después de las once de la mañana.

Pero a las diez y media, todavía Wardock volando hacia Arizona, se produjo otra novedad que alteró todos los calmosos planes de la señorita Montfort: la llegada del doctor Mc Pherson, eminente neurocirujano residente en la ciudad de Chicago, cuya fama era mundial.

Everett Mc Pherson llegó en helicóptero, tras largo viaje, y todavía refunfuñando por la imposición de la CIA, pero todo su

malhumor desapareció cuando, para su grandioso pasmo, se encontró con que la persona que estaba al frente de todo aquello era su admiradísima señorita Montfort, cuya carrera periodística y personal, tan poco corriente, le tenía fascinado. La señorita Montfort agradeció de modo encantador los elogios y la admiración del doctor Mc Pherson, le dijo que lo habían localizado rastreando todos los detalles posibles de la vida de Raymond D. Chalmerton, y que, en vista de su participación tan importarte los agentes de la CIA le habían «rogado» que los acompañara con lo referente a Chalmerton para entrevistarse con «la persona que estaba dando las órdenes en los altos sectores y que había ocasionado la movilización de más de trescientos agentes de rastreo en todo el territorio nacional».

—Pero… ¿qué tiene que ver usted con la CIA? —exclamó finalmente el doctor Mc Pherson.

—Ella es la CIA —dijo Frankie—, pero en su parte positiva. Cada vez que la CIA hace algo bueno o aceptable, Brigitte está detrás de todo. Por el contrario, nunca interviene en sus porquerías, como por ejemplo, para que usted lo entienda, el asunto de las elecciones últimas en Filipinas.

—Según entiendo —sonrió la divina espía al pasmado neurocirujano—, ha traído usted algunas radiografías de Chalmerton.

—Sí… ¿También entiende usted de medicina?

—Yo no mucho, pero puedo tener aquí en cuestión de minutos todos los asesores médicos que usted necesite.

—Perdone —se mosqueó Mc Pherson—: yo no necesito asesores. Quizá los necesite usted para entender las radiografías, pero yo no. Las hice yo, ¿sabe?

—Entonces, doctor, sí es usted tan amable —sonrió de nuevo la señorita Montfort—, explíqueme con toda la sencillez posible qué es lo que expresan estas radiografías.

—Raymond Chalmerton tiene un tumor cerebral inoperable que le ocasionará la muerte antes de seis meses.

—¡Oh, no!

—Sí. Y se lo digo porque sé que con la CIA vale más no complicarse la vida. Si a pesar de las precauciones que Chalmerton tomó para visitarme ustedes se han enterado, sería absurdo por mi

parte resistirme a colaborar. Aunque no entiendo en qué colaboro.

—Naturalmente, usted no había dicho a nadie hasta ahora lo del tumor de Chalmerton.

—Claro que no. ¿Qué está ocurriendo?

—Todavía no lo sabemos con exactitud, pero mucho nos tememos que el señor Chalmerton está tramando algo peligroso. ¿Es posible que ese tumor afecte su razón de alguna manera?

—En absoluto. De cuando en cuando le produce espantosos dolores, eso sí, que estoy resolviendo con píldoras, pero su razón no sufre alteración de ninguna clase. Bueno, salvo en los momentos de crisis dolorosa, claro está. El dolor es tan insufrible que si no tuviera las píldoras podría cometer cualquier locura.

—Bueno —sonrió Brigitte, un poco tensa—, esperamos que el señor Chalmerton disponga de suficientes píldoras, doctor.

—No hay cuidado al respecto. Ese pobre hombre no tiene otra cosa para sobrellevar con cierta dignidad su medio año escaso de vida.

—O sea, que la pirámide no la ha construido porque esté… loco.

—Por supuesto que no. Ése es un capricho de millonario. Además, ya la tenía casi terminada cuando vino a visitarme para que diagnosticara sus terribles dolores de cabeza.

—Le haré una última pregunta —murmuró Brigitte—: esos dolores de cabeza… ¿son tan insoportables que podrían hacer desear la muerte a una persona normal?

—Sí.

Brigitte asintió, preocupada, y se abstrajo durante unos segundos. En el instante en que se disponía a decir algo más apareció otro agente de la CIA, procedente del sistema de comunicaciones instalado en el chalé. Todos se dieron cuenta de que el hombre estaba pálido, y captaron su mirada espantada a Brigitte. Ésta se apresuró a acudir a su encuentro, y el agente la tomó de un brazo y la llevó hacia un rincón de la sala, donde se puso a cuchichear.

Afuera lucía un sol espléndido, todo parecía hermoso, la vida era pletórica… Pero la señorita Montfort palideció, tanto o más que el agente de la CIA, y todos captaron su exclamación de sobresalto.

Frank Minello no pudo ni quiso contenerse, y se acercó:

—¿Qué es lo que pasa?

—Espera en el coche, Frankie. Tengo que dar algunas órdenes, y me reúno enseguida contigo.

—Pero… ¿qué pasa?

—Raymond D. Chalmerton ha adquirido, en los últimos tres meses, el material necesario para provocar una explosión atómica cien veces superior a la de Hiroshima.

—Dios… bendito —jadeó Minello, palideciendo—… ¿Cómo ha podido conseguir ese material?

—Mediante sobornos a determinados militares que tenían acceso a silos antiguos en vías de ser clausurados.

—Pero… ¿para qué quiere eso? ¿Dónde lo tiene?

—Frankie, ¿dónde te parece a ti que puede Chalmerton esconder los dispositivos necesarios para provocar esa explosión conjunta?

—Pues… Oh, no. ¡En la pirámide!

—Ve a poner el coche en marcha.

* * *

Neil Hatterby vio aparecer el coche en la explanada, a la que acudió para recibirlo tras autorizar desde el palacio faraónico la entrada de los visitantes al recinto del domicilio privado de Chalmerton. Vio apearse al atlético desconocido, y tras él a la señorita Montfort. Se acercó a ambos, con su más cordial y encantadora sonrisa.

—Señorita Montfort, encantado de volver a verla. Debo…

—Mi amigo, al señor Minello —cortó Brigitte—. ¿Está Raymond en casa, supongo?

Hatterby saludó con un gesto a Minello y acto seguido movió negativamente la cabeza.

—No, no está.

—¿Dónde está?

—Lo ignoro. Pero por favor, entren. Hace un sol terrible, ¿no están de acuerdo?

Una manaza de Frankie agarró rudamente a Neil por la ropa, atrayéndolo contra su pecho.

—Escucha, cretino —masculló—, no hemos venido aquí a jugar a las cortesías, sino a localizar a ese criminal antes de que realmente se vuelva loco de dolor y nos mande a todos al infierno, ¿me comprendes?

—¿De… de qué está… hablando? —jadeó Neil.

—Mi amigo está hablando del sistema electrónico que usted instaló para Raymond en la pirámide, y que sólo Dios sabe las catástrofes diversas que puede ocasionar. Y estamos hablando también de esas cargas atómicas que han estado comprando y almacenando en la pirámide. De eso estamos hablando, Neil, y no tenemos tiempo para perderlo en repeticiones ni en comedias. Ahora, díganos donde está Raymond, o Frankie le romperá el cuello.

—Está… en la pirámide —casi sollozó Neil—… ¡Ahora comprendo!

—¿Qué es lo que comprende? —Se asustó Brigitte por instinto.

—Recibió esta mañana una llamada telefónica que lo alteró mucho, y luego, muy nervioso, decidió ir a la pirámide. Si ustedes saben todo esto es que lo han estado investigando realmente a fondo esta vez, y a él le avisaron de que debían de haber descubierto demasiadas cosas… ¡Por eso se fue a la pirámide! ¡Y nadie puede sacarlo de allí! ¡Nadie!

—¿Puede activar la explosión de esas cargas atómicas?

—¡En cuanto él quiera!

—Zambomba —respingó Frankie—. ¡Zambomba, maldita sea! Y ahora mira a tu alrededor, Brigitte. ¡Lo que nos faltaba!

Brigitte asintió, sombría. Ya se había dado cuenta de que no menos de una docena de hombres, todos tan pulcros como Neil, habían aparecido, armados de rifles, y se iban acercando, cerrando un círculo que sólo les dejaba un punto de salida, hacia la casa. Sólo que antes de que consiguieran entrar en ésta no cabía la menor duda de que serían alcanzados por las balas. Frankie, que había soltado a Neil, comenzó a mover la mano hacia donde guardaba la pistola, pero Brigitte le detuvo con un gesto.

—Es inútil, Frankie —murmuró—: lo conseguirías morir matando, y eso es una estupidez. Tenemos que encontrar otra solución, que quizá se le ocurra a Neil, a menos que él prefiera ser el primero en morir.

—No, esperen… ¡No me maten! Yo puedo… puedo controlar a mis hombres, y llevarles… rápidamente y sin problemas junto a Raymond.

—¿Si? ¿Cómo?

—Por medio de un pasadizo que une la casa con la pirámide.

—De acuerdo —asintió enseguida Brigitte.

Neil Hatterby se dirigió entonces a sus hombres, asegurándoles que todo estaba bien, y que volvieran a sus puestos. La leve desconfianza que la actitud de Frankie al agarrar rudamente a Neil les había provocado, se disipó, y la explanada volvió a quedar vacía, reluciente de sol, mientras Neil y Frankie y Brigitte entraban en la enorme casa por el gran pórtico principal descubierto. Frankie lanzó un silbido admirativo, y su pasmo aumentó cuando comenzó a ver criados vestidos con faldellines egipcios que contemplaban silenciosamente su paso hacia el cuerpo central del edificio.

Cuando cruzaban el puentecillo Frankie vio los cocodrilos tomando el sol, y soltó uno de sus respingos de lujo:

—¡Zambomba! —aulló—. ¡Mira eso, Brigitte!

—Son del Nilo, naturalmente —dijo ella—. Olvídalos, Frankie.

—Pues no es tan fácil —se estremeció Mínello—… ¡No me haría ninguna gracia bañarme en ese riachuelo que parece tan encantador!

—Pues no te bañes.

Terminaron de cruzar el puentecillo, todavía volviendo Minello la cabeza para contemplar a los cocodrilos que parecían de piedra, y alcanzaron la galería que Brigitte ya conocía. Un poco más allá estaba la entrada al cuerpo de la vivienda que ocupaba normalmente Chalmerton, y desde uno de cuyos cuartos de baño Brigitte había atendido la primera llamada radial de Minello…

La inesperada acción de Neil pilló de sorpresa incluso a Brigitte, quizá porque Neil la calculó perfectamente y la realizó en el momento en que parecía menos apropiada cualquier resistencia o intento de fuga… Neil giró de pronto, aplicó a Minello un puntapié entre las ingles, y acto seguido lo empujó contra Brigitte, que retrocedió, estuvo a punto de caer sentada, y dejó caer su maletín.

En un instante, la escena había cambiado. Frankie estaba encogido y pálido, mascullando un torrente de insultos hacia Neil, mientras éste desaparecía en el interior de la casa y Brigitte apenas tenía tiempo de recurrir a su pistola. Minello también sacó la suya, pero ambos desistieron de disparar, pues su presión en el gatillo habría coincidido con la desaparición de Neil dentro de la casa…, y con la aparición de los servidores faraónicos que contemplaban la

escena con sobresalto y desconfianza.

—¡Largo de aquí! —bramó Frankie, orientando la pistola hacia ellos.

Brigitte no les hizo ni caso.

Recogió el maletín y salió corriendo en pos de Neil. En la galería apareció otro servidor faraónico, armado con una pistola, y Frankie no demoró ni un segundo su reacción.

¡Crack!, disparó certeramente. El hombre gritó, giró sobre sí mismo creando a su alrededor como un círculo de sangre, y cayó sobre las losas relucientes. Frankie no esperó más, corrió detrás de Brigitte pese al tremendo dolor que sentía en su pateada zona genital. Entró con el ímpetu de un búfalo y de repente se encontró como ciego al pasar de la luz solar de la galería a la penumbra fresca del interior del palacio.

—¡Brigitte! —llamó.

—¡Aquí, Frankie! ¡Corre!

Distinguió su gesto con un brazo, y corrió hacia el fondo del amplísimo salón. Brigitte se hallaba ante un hueco en la pared, y ante ella había un estrecho tramo de escalones de piedra descendente.

—Maldita sea… ¡Era verdad, existe un pasadizo!

—Me habría sorprendido más lo contrario —dijo Brigitte—: es natural que el faraón quisiera disponer en todo momento de un acceso fácil, rápido y discreto a su pirámide.

—¿Rápido? ¡Hay por lo menos tres o cuatro kilómetros desde esta casa hasta la pirámide!

—Sí, eso es cierto —se desconcertó Brigitte—… Bien, vamos a ver qué encontramos ahí abajo. Espera un momento.

Brigitte sacó del maletín la pequeña linterna-bolígrafo, que les proporcionó suficiente luz para ver dónde ponían los pies. Apenas habían comenzado a descender cuando oyeron las pisadas de varios hombres tras ellos, pero todas se detuvieron en la entrada, y en su lugar oyeron excitados comentarios que no pudieron entender.

—Parece que no se atreven a perseguirnos —dijo Frankie.

—Hum.

De repente, la puerta de piedra se cerró tras ellos, y enseguida oyeron, por delante, la risa de Neil Hatterby, y su voz:

—¡Tengan cuidado de no pisarlos, pues esos dos tienen muy mal

genio! ¡Sus nombres son Siskarion y Amenotep! ¡Que se diviertan!

Se oyó de nuevo su risa. Frankie masculló:

—¿De qué demonios está hablando?

Brigitte oyó el roce en el suelo, y dirigió rápidamente hada allí la luz de la linterna…, que pareció hundirse en las gigantescas fauces de un cocodrilo que se alzaban hacia ellos.

—¡FRANKIE, CUIDADO…! —gritó la espía.

Si Minello hubiera tardado una décima de segundo más en retirar su pierna derecha ya no habría podido hacerlo jamás. Bastaba oír el chasquido de las enormes fauces al cerrarse en el vacío para comprender que podían haber seccionado y triturado la pierna humana sin el menor esfuerzo. Brigitte apuntó su pistola a la cabeza del cocodrilo, y disparó, lanzando un grito de aterrada incredulidad cuando comprendió que la bala había rebotado…

—¡Déjame a mí! —gritó Frankie—. ¡Mi pistola es de más calibre…!

La cola de otro cocodrilo apareció de pronto, golpeó a Minello en las piernas, y lo derribó lanzándolo contra la pared, donde rebotó de cara. Al instante siguiente se oía el estremecedor arañar de las uñas del cocodrilo al desplazarse en busca de su presa.

Brigitte saltó hacia atrás al ver el gesto del primer cocodrilo para morder de nuevo. Tropezó, cayó sentada, y la linterna escapó de su mano, quedando iluminando a ras de suelo… Gracias a esto Minello vio acercarse a él la enorme masa del cocodrilo gigante, y adivinando la dentellada se echó a un lado. Oyó el crujido de las mandíbulas de nuevo, y los cabellos se le pusieron de punta.

Gritó cuando la cola del animal golpeó en la pared cerca de su cabeza, arrancando chispas…

—¡A los ojos, Frankie! —gritó Brigitte—. ¡Dispárales a los ojos!

Mientras gritaba, Brigitte divisó como un relámpago que se acercaba a ella, y se dejó caer completamente al suelo… La cola del cocodrilo pasó por encima de su cabeza con siniestro chasquido. Un instante más tarde aparecía la forma de la cabeza a menos de un metro. Brigitte estiró el brazo, vio el refulgir horrible de uno de los ojos del animal, y disparó. Vio el pequeño volcán de sangre, y el cocodrilo desapareció de su alcance visual, emitiendo un profundo, extraño, espeluznante bramido desde lo más hondo de sus vísceras; pero reapareció en un instante, mostrando todo el pavor de sus

fauces abiertas por delante de su ojo reventado. Brigitte esquivó la acometida, y se encontró de pie junto a Frankie, que estaba haciendo lo mismo…, mientras el otro cocodrilo se erguía insólitamente sobre las patas delanteras, estiraba el cuello, y abría unas fauces infernales.

Brigitte y Frankie dispararon a la vez, y ambos acertaron al cocodrilo, cada uno en un ojo. La bala de Frankie rasgó el derecho como si fuese más que una bala un sable, y abrió una brecha repugnante y horrenda. La bala disparada por Brigitte se hundió de lleno en el ojo, pero sin alcanzar un punto vital, evidentemente, pues el animal, con aquel extraño y sordo bramido visceral, saltó y se retorció, chocando entonces con su compañero, al que, en su furia ciega, asestó una dentellada atroz que le alcanzó en un lado del cuello. El otro cocodrilo se revolvió, giró, y se desasió, dejando un trozo de increíble piel en las fauces de su compañero, al que a su vez agredió con un golpe de cola que le alcanzó de lleno en las fauces.

—Santo Dios… —jadeó Brigitte.

Vio a Frankie quieto junto a ella, y recogió entonces la linterna cuya luz dirigió de lleno a los dos cocodrilos, que se habían enzarzado en una lucha absolutamente increíble y enloquecida, lanzándose mordiscos tremendos y coletazos que sonaban como disparos. El espectáculo era una de las cosas más horribles que Brigitte y Minello habían presenciado en su vida, y quizás habrían permanecido allí, paralizados por la fascinación, si no hubieran oído ya lejana la voz de Neil:

—¿Cómo les va con Amenotep y Siskarion? ¡Díganme algo!

A continuación les llegó su risa.

Brigitte apretó los labios, desvió la luz de la linterna, y vio la profundidad del pasadizo…, y el relucir de unos raíles.

—Ven, Frankie… ¡Frankie, ven, deja eso!

Minello dejó de contemplar la espantosa lucha, y corrió detrás de Brigitte. Ambos casi tropezaron con el pequeño vehículo colocado sobre los raíles. Delante de éste había otro, y delante otro más. Los dos se desplazaron hacia el primero, en el cual se acomodaron como pudieron. Brigitte pulsó uno de los botones que se veían en un pequeño cuadro de mandos, y el cochecito comenzó a deslizarse rápidamente sobre los raíles.

—¿Lo ves? —dijo la espía—. ¡Todo previsto, Frankie!

El cochecito se desplazaba a una velocidad increíble, quizá por el impulso que le proporcionaba el exceso de peso y el suave descenso de la diminuta línea férrea, cuyo trazado era tan recto que, en cuestión de segundos, alcanzaron a Neil Hatterby. La luz de la linterna de Brigitte iluminó su rostro desencajado…, y la pistola que empuñaba, y que sin la menor duda se disponía a disparar.

¡Crack, crack!, disparó Minello rápidamente.

Neil gritó, y salió despedido de la vagoneta, dejando en el aire el relucir de la sangre y la breve visión de uno de sus ojos reventado por uno de los balazos. Su cuerpo se precipitó hacia delante, cayó ante el coche-vagoneta, y éste se detuvo un par de metros más allá, tras cortar carne y huesos de modo escalofriante. El vehículo que transportaba a Brigitte y Frankie chocó contra el anterior, y tras la fuerte sacudida, ambos saltaron a los lados, y fueron a despejar la vía, para seguir motorizados el corto viaje hacia la pirámide… Pero al ver cómo había quedado el cadáver de Neil Hatterby ambos desistieran. Brigitte dirigió la luz hacia delante, murmurando:

—Debe de faltar muy poco para llegar. ¡Sigamos!

—Déjame pasar delante.

—No hace falta que…

—¡Que yo voy delante, maldita sea! ¡Podrían aparecer más cocodrilos!

Corrieron a trompicones por entre los raíles, pero, efectivamente, faltaba poco para llegar… Para llegar ante una sólida puerta metálica ante cuya visión Minello comenzó de nuevo a mascullar…, quedándose con la boca abierta cuando la puerta, simplemente, se abrió.

—¡Zambomba! —aulló—. ¿Qué ha pasado?

—Que la he abierto —dijo Brigitte, señalando un botón junto a la puerta—. Sólo he tenido que apretar aquí, Frankie.

—Muy graciosa. ¡Muy graciosa!

Cruzaron el umbral, atravesaron una especie de vestíbulo pequeño, y de repente aparecieren en una sala enorme, de proporciones absolutamente gigantescas, en cuyo fondo se perdía el potente haz de luz de la linterna de Brigitte.

—Estamos en la base de la pirámide —susurró la espía—… Y por aquí tiene que haber luz y muchas otras instalaciones, Frankie.

No tardaron ni diez segundos en localizar, a la luz de la linterna, el cuadro de mandos eléctrico. Encendieron todas las luces, pero ya desde el primer momento comenzaron a ver las instalaciones que activarían la explosión atómica en cadena de diversos módulos. Era la instalación más siniestra que se pudiera imaginar, y cuando todas las luces estuvieron encendidas Minello miró a Brigitte con expresión alucinada.

—Ese tipo tiene que estar loco —jadeó.

—Tal vez lo está, pero de rabia… De rabia por morir dejando tras él una Humanidad más afortunada, que no ha sucumbido a tumores cerebrales… Posiblemente tendría ideas de grandeza cuando comenzó a construir la pirámide, pero lo alteró todo cuando supo que iba a morir en seis meses. Por eso quería reunir aquí a la elite mundial: para activar estas cargas cuando todos estuvieran dentro de la pirámide, y llevárselos con él al otro mundo. Incluso a mí se me habría llevado, por mucho que su enamoramiento fuese sincero después de tratarme; sí, loco, pero de rabia, de impotencia.

—Tú dirás lo que quieras —masculló Minello—, pero hace falta ser malvado para hacer todo eso, Brigitte. Sí todos los que están enfermos mataran a los que están sanos se produciría en el mundo una masacre que en poco tiempo terminaría con la Humanidad.

—En efecto, Frankie, tienes razón… Pero no nos distraigamos charlando, y sigamos buscando. Este lugar es secreto, se supone que sólo él tenía acceso a él, de modo que no creo que haya camuflado demasiado los mandos de los diferentes servicios… Tiene que haber alguno que nos permita subir rápidamente a la pirámide.

—Seguro: un ascensor.

Mientras hablaban seguían examinando las paredes, en busca de un indicio cualquiera. Y fue el propio Frankie quien lo encontró apenas veinte segundos más tarde. No era nada complicado, ni nada secreto: había un pequeño cuadro de mandos, y sencillamente Minello accionó el botón señalizado con la palabra «open». Ante él se abrieron dos puertas, que dejaron visible un pequeño ascensor metálico, reluciente, flamante. El asombro dejó a Minello mudo un par de segundos, de modo que cuando quiso llamar a Brigitte, ésta ya corría hacia él. Llegó a su lado, rió quedamente al ver su gesto, y lo empujó al interior del ascensor.

—Tú lo dijiste, ¿no?: un ascensor.

—Zambomba.

—Eso digo yo: zambomba. ¿Y sabes por qué, Frankie?: porque todavía no comprendo debido a qué milagro estamos todos vivos.

—¿A qué te refieres? ¿Qué quieres decir?

—Por el amor de Dios… ¿Acaso no has comprendido a qué ha venido tan presurosamente y secretamente Oguzeh a su pirámide? Fíjate bien: le avisaron de que se le estaba investigando a fondo y que la CIA probablemente había descubierto lo de su compra de material atómico, y se apresuró a venir a su pirámide… ¿A qué crees tú?

—¿A hacer explotar todo lo que hay en el sótano? —Palideció Frank.

—Claro. Lo que me pregunto es qué está esperando, por qué todavía no ha sucedido eso… ¿Dónde está él y qué está esperando?

# Este es el final

Las personas que se habían congregado al pie de la pirámide estaban absolutamente aterradas, si bien no sabían todavía si se las estaban viendo con un loco, con un bromista, o con un criminal lisa y llanamente. Desde hacía más de una hora la vigilancia había cesado, así como la prohibición de acercarse a la pirámide, y desde todos los puestos de observación los curiosos habían acudido, incluyendo un par de equipos móviles de televisión, que estaban televisando en directo el increíble programa: un loco que había aparecido en la cúspide de la pirámide y que, por medio de un megáfono electrónico les estaba lanzando la más terrible amenaza desde hacía rato: en Arizona se iba a producir tal explosión atómica que sería borrado del mapa medio estado, y la masacre pasaría a ser la más grande de la Historia de la Humanidad.

Y arriba, con su peinado en forma de melena faraónica, su túnica primorosa, y su espantoso dolor de cabeza que le hacía desear mil veces la muerte, el faraón Oguzeh seguía lanzando sus amenazas, informando al mundo de lo que él, Oguzeh, iba a hacer como apoteósica despedida…

Desde casi cien metros de altura dominaba una grandiosa zona del desierto, veía en la distancia formas de ciudades y pueblos, montañas y llanos. Tras él, estaba su cámara, desde la cual había accionado los mandos que movían la pequeña plataforma y le permitía salir de la cámara como quien sale a la terraza de un apartamento. Una terraza que era el extremo de la pirámide, el punto más alto. Sí, tras él estaba su cámara mortuoria, a la que regresaría muy pronto, ya convencido de que todo el mundo se había enterado de lo que él iba a hacer con su pirámide.

Y lo haría. Regresaría a su cámara, apretaría el mando de tiempo que un minuto más tarde haría explosionar toda la carga atómica del sótano, y en ese minuto él se acomodaría en su sarcófago, para

esperar el final de todos sus males. Era una lástima que no hubiera podido esperar el día en que acudieran todos los grandes personajes del mundo, y llevárselos con él, pero no podía esperar, so pena de que lo atrapasen antes, así que se llevaría por delante unos cuantos cientos de miles de personas, quizá millones, con la tremenda explosión de su pirámide…

Gritaba y gritaba diciendo esto, lanzando sus horribles amenazas; gritaba tanto que por fin se quedó sin aliento, y calló un instante, para recuperarlo. Fue entonces cuando tras él oyó la voz suave y bien timbrada que no había podido olvidar. Una voz que le llamó suavemente:

—Oguzeh.

Se volvió vivamente, y vio a Brigitte Montfort, apuntándole con una pequeña pistola.

Detrás de ella vio a un hombre, y la puerta del ascensor secreto a su cámara, abierta.

Lo comprendió todo, volvió a mirar los azules ojos, y, justo entonces, la agente Baby, sencillamente, serenamente, disparó.

**FIN**